ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

EL CRISTIANISMO ESOTÉRICO Ó LOS MISTERIOS MENORES

POR ANNIE BESANT

(Continuación.)

CAPÍTULO XI

El Perdón de los Pecados

«Creo en..... el perdón de los pecados.» «Reconozco un bautismo para remisión de los pecados.» Estas palabras pronuncian los fieles de todas las comuniones cristianas, cuando recitan los familiares credos llamados de los Apóstoles y de Nicea. Entre los dichos de Jesús es frecuente éste: «Tus pecados te son perdonados»; y es digno de notarse que tal sentencia es siempre compañera del ejercicio de sus poderes curativos, resultando así simultáneas las liberaciones de las enfermedades física y moral. Directamente mostró en cierta ocasión la cura de un paralítico como señal de que tenía derecho á declarar á un hombre que sus pecados le eran perdonados (1). También dijo de una mujer: «..... sus muchos pecados son perdonados porque amó mucho.» (2). En el famoso tratado gnóstico, *Pistis Sophia*, se dice que el verdadero propósito de los Misterios es la remisión de los pecados.

(1) San Lucas, V, 18-26.
(2) *Ibid*, VII, 47.

«Aunque ellos hayan sido pecadores, aunque hayan vivido en todos los pecados é iniquidades del mundo, si cambian de vida y se arrepienten y hacen la renuncia que acabo de describiros, declaradles los misterios del reino de la luz; no se los ocultéis de modo alguno. Por razón del pecado he traído estos misterios al mundo: para remisión de todos los pecados que ellos han cometido desde el principio. Por esto otra vez os he dicho: 'Yo no he venido á llamar al justo'. Así, pues, he traído los misterios para que puedan ser remitidos los pecados de los hombres, y ellos llevados al reino de la luz. Porque son estos misterios el don del misterio primero: el de la destrucción de los pecados é iniquidades de todos los pecadores» (1).

En estos Misterios la remisión del pecado se hace por bautismo, conforme con el Credo de Nicea. Jesús dice: «Sabed, además, que yo puedo declararos de qué tipo es el misterio de bautismo que remite pecados..... Cuando un hombre recibe los misterios de los bautismos, tales misterios vienen á ser poderoso fuego, vehemente en exceso, hábil, el cual consume todos los pecados; penetran aquéllos en el alma ocultamente, y devoran los pecados que la falsificación espiritual ha ingerido en ella.» Y después de nuevas explicaciones sobre el procedimiento de la purificación, añade Jesús: «Este es el modo como los misterios de los bautismos remiten los pecados y toda iniquidad» (2).

«El perdón de los pecados» aparece, en una forma ú otra, en las más religiones, si no en todas. Y donde quiera que tal concierto de opiniones se encuentra, podemos concluir con toda seguridad, conforme á principio ya expuesto, que existe en la naturaleza algún hecho que le sirve de fundamento. La naturaleza humana responde también á esta idea de que los pecados son perdonados. Se ve que el hombre sufre bajo la presión de la conciencia de sus malas obras, y que cuando se descarga de su pasado y se desata el apretado nudo del remordimiento, marcha con alegre corazón y visión clara, poco antes con tinieblas añublada. Siente algo semejante al quitarse un peso de encima, al removerse de un obstáculo en su camino. «La sensación del pecado» ha desaparecido, y con ella, la pena roedora; y reconoce el advenimiento de la primavera del alma, la palabra de poder que todo lo renueva. Rompe entonces del corazón un canto de gratitud que sube á lo alto; ha llegado el tiempo del cantar de las aves, de que haya «alegría entre los Angeles.» Este cambio, nada raro por cierto, suele causar sorpresa á la persona que lo experimenta en sí, ó que lo advierte en otro; y comienza á preguntarse qué es lo que ha sucedido en realidad, qué es lo que ha producido en la conciencia una mudanza cuyos efectos son tan manifiestos.

Los modernos pensadores, identificados por completo con la idea de que toda clase de fenómenos es producto de leyes invariables, y después de haber estudiado el funcionamiento de estas leyes, repugnan á primera vista cualquier

---

(1) Traducción de G. R. S. Mead. *Lugar citado*, libro II, § § 260-261.

(2) *Ibid*, § § 299-300.

teoría sobre el perdón de los pecados, por considerarla incompatible con aquella verdad fundamental, del mismo modo que los hombres de ciencia, penetrados de la idea de la inviolabilidad de la ley, rechazan todo concepto que con ella sea incompatible. Y están en lo cierto los unos y los otros, al construir sobre el cimiento de una ley inalterable, pues la ley no es más que la expresión de la Naturaleza divina, donde no cabe variación ni aun sombra de mudanza. Así, pues, el concepto que adoptemos sobre el perdón de los pecados, no deberá chocar con esta fundamental idea, tan necesaria á las ciencias éticas como á las físicas. «Faltaría la base de todo», si no pudiésemos reposar seguros en el perdurable abrazo de la Buena Ley.

Mas prosiguiendo nuestras investigaciones, nos encontramos sorprendidos con que los Maestros mismos que con más insistencia proclaman el invariable funcionar de la Ley, afirman de modo enfático el perdón de los pecados. En cierta ocasión dice Jesús: «que toda palabra ociosa que hablaren los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio» (1); y otra vez dice: «Confía, hijo: tus pecados te son perdonados» (2). Asímismo en el *Bhagavad Gîtâ* se trata constantemente de las ligaduras de la acción: que «el mundo está atado por la acción» (3), y que el hombre «recobra las características de su cuerpo anterior» (4); y sin embargo, dice en otra parte: «aun el más pecador, si me rinde culto con ánimo reconcentrado, será tenido también en el número de los santos» (5). Parece, pues, que lo significado en las Sagradas Escrituras del mundo en la frase «el perdón de los pecados» no se consideraba por los más aptos Conocedores de la ley como cosa opuesta al inviolable eslabonamiento de causa y efecto.

Si examinamos aun la más cruda idea que acerca del perdón de los pecados en nuestros días prevalece, echaremos bien de ver que los en ella creyentes no entienden que el pecador perdonado haya de escapar en este mundo de las consecuencias de sus malas obras. El borracho, por ejemplo, cuyo pecado ha obtenido perdón por virtud de arrepentimiento, tiene que sufrir, sin embargo, el temblor de sus nervios, sus malas digestiones y la falta de confianza que sus semejantes le muestran. Bien consideradas las declaraciones que á tal perdón se refieren, se contraen en último término á las relaciones del pecador arrepentido con Dios, y á las penalidades que, conforme á las creencias del declarante, habrán de corresponder *después de la muerte* al pecado no remitido; mas no comprenden en modo alguno la idea de que hayan de eludirse las consecuencias terrenales del mal llevado á cabo. La pérdida de la creencia en la reencarnación y de un concepto sólido sobre la continuidad de la vida, así en lo que se refiere á su prosecución en este

(1) San Mateo, XII, 36.
(2) *Ibid*, IX, 2.
(3) *Lugar citado*, III, 9.
(4) *Ibid*, VI, 43.
(5) *Ibid*, IX, 30.

mundo como en los dos que le son inmediatos (1), ha dado origen á muchas incongruencias y aseveraciones insostenibles, entre las cuales figura la idea terrible y blasfema de los eternos tormentos del alma humana por pecados cometidos en el corto espacio de una sola vida sobre la tierra. Para librarse de esta pesadilla, idearon los teólogos un perdón que relevase al pecador de la tremenda prisión de un infierno perpetuo. Pero jamás se supuso que tal perdón le excusase en este mundo de las consecuencias naturales de sus malas obras, ni tampoco se sostuvo—á excepción de las modernas comunidades protestantes—que quedase exento de dilatados sufrimientos purgatoriales, resultado forzoso del pecado después de la muerte del cuerpo físico. La ley seguía su curso así en la tierra como en el purgatorio, y la pena iba tras el pecado, como las ruedas de la carreta tras de los bueyes. Sólo las torturas eternas—que únicamente en la imaginación nebulosa de los creyentes existían—habrían de eludirse con el perdón de los pecados; no siendo aventurado el presumir que después de haber afirmado los dogmatizadores la existencia de un infierno eterno como resultado monstruoso de errores transitorios, se sintieran compelidos á buscar escapatoria de tan injusto é increíble destino, y, en su consecuencia, afirmaran más adelante la realidad de un perdón increíble é injusto también. Los sistemas elaborados por la especulación humana sin tener en cuenta los hechos de la vida, son abonados para meter al especulador en ciénagas mentales, de donde sólo le es dado salir dando tumbos á través del lodo en una dirección opuesta. Un perdón supérfluo sirvió de contrapeso á un supérfluo eterno infierno, y de este modo la desequilibrada balanza de la justicia fué repuesta en el fiel. Pero dejemos ya estas aberraciones de inteligencias sin lumbre, y tornemos á la región de los hechos y de la recta razón.

Cuando el hombre ejecuta una mala obra, á sí propio se liga á una aflicción—planta que siempre brota de la semilla del pecado.—Aún es más exacto decir que pecado y aflicción, más que dos sucesos separados, constituyen los dos lados de un acto único. Al modo que todos los objetos tienen dos lados, anverso y reverso, á la vista el uno, y encubierto el otro á nuestra mirada, así también tiene dos lados todo acto, los cuales no pueden verse á la vez en el mundo físico. El bien y la felicidad, ó el mal y la desdicha, se ven en otros mundos como anversos y reversos correspondientes á las acciones. A esta correlación se llama *karma*, voz original sanskrita, cuyo uso oportuno se ha extendido mucho; literalmente significa *acción*, y expresa la conexión ó identidad explicadas; de aquí que se llame al sufrimiento resultado kármico de una obra mala. Este resultado, el reverso, no puede seguir inmediatamente, ni aun acaecer siquiera en la misma encarnación, pero más tarde ó más temprano tiene que aparecer, estrechando al pecador en su doloroso abrazo. Ahora bien; un resultado en el mundo físico, un efecto experimentado por nuestra conciencia física, es la operación final de una causa

(1) Véase *antes*, cap. VIII.

puesta en acción en el pasado; es el fruto llegado á madurez; en él una fuerza particular se manifiesta y se extingue. Esta fuerza ha venido obrando hacia fuera, y antes que aparezca en el cuerpo, han desaparecido de la mente sus efectos. Su manifestación corporal, su aparición en el mundo físico, señala el término de su carrera (1). Si en tal momento, cuando el karma del pecado se ha agotado, se encontrase el pecador por una circunstancia cualquiera en presencia de uno de esos Sabios que ven en el pasado como en el presente, que ven lo que para otros es invisible, lo mismo que lo que les es visible, podría suceder que, al distinguir semejante Sér el final de determinado karma, al percibir que la sentencia se halla del todo cumplida, declare al cautivo en libertad. Ejemplo de este evento, y típico por cierto, es el caso del paralítico antes aludido. Una dolencia física es la última expresión de pasado entuerto; el proceso mental y moral ha llegado ya á su término; alguna entidad celestial, ejerciendo sus funciones como ministro de la ley, induce al paciente á colocarse al paso de uno de aquellos Seres que son capaces de sanar enfermedades físicas mediante la aplicación de una energía superior. El Iniciado declara primero que los pecados de aquel hombre están perdonados, y luego, para justificar lo profundo de su vista interna, pronuncia las autoritarias palabras: «Levántate, toma tu lecho, y vete á tu casa.» De no haberse encontrado allí Sér de luz tan suprema, la enfermedad habría desaparecido al toque restaurador de la naturaleza, con la aplicación de la fuerza adecuada por Inteligencias angélicas invisibles que tienen cargo de las operaciones de la ley kármica en el mundo. Pero cuando Uno superior es quien actúa, esta fuerza adquiere mayor y más rápida eficacia; pues instantáneamente pone á las vibraciones físicas en el tono propio de la armonía que constituye el estado de salud. Tales perdones de pecados pueden llamarse declaratorios: el karma está agotado, y uno que lo conoce declara el hecho. La declaración alboroza el ánimo al modo que la orden de libertad al prisionero, orden que es tanta parte de la ley como la sentencia condenatoria; pero esta diferencia hay entre uno y otro alborozo: que el del hombre que así es notificado de la extinción de su mal karma, es más intenso, por no ver de antemano el punto en que su acción se remata.

De advertir es que estas declaraciones de perdón van siempre unidas á la manifestación de que el paciente tuvo «fe», sin lo cual nada hubiera podido hacerse; esto significa que el verdadero agente en la terminación del karma es el pecador mismo. En el caso de la «mujer que había sido pecadora», las dos declaraciones son conjuntas: «Los pecados te son perdonados... Tu fe te ha salvado: ve en paz» (2). Es esta fe el surgir en el hombre de su propia

(1) Esta es la razón de la paciencia y dulzura con que soportan sus desdichas las almas puras. Han aprendido la lección del sufrimiento, y se abstienen de engendrar mal karma de nuevo, como sucedería si se dejasen dominar de la impaciencia ante el mal karma del pasado que está extinguiéndose.

(2) San Lucas, VII, 48 50.

esencia divina, que va en busca del divino océano de su esencia similar; y cuando rompe por la naturaleza inferior que la detiene, como brota el agua de la tierra rompiendo por las capas que estorban su salida, el poder, así liberado, ejerce su acción sobre la naturaleza toda, poniéndola en armonía consigo mismo. El hombre no llega á tener conciencia de él, hasta tanto que su fuerza quiebra la corteza kármica del mal; y esta alegre conciencia de un poder dentro de sí que le era desconocido, y que se le ha manifestado tan pronto como el mal karma se ha extinguido, es mucha parte en el regocijo, consuelo y nuevos ánimos que siguen al sentimiento de que el pecado está «perdonado», de que sus resultas se han desvanecido.

Y esto nos lleva al corazón mismo del asunto, ó sea á tratar de los cambios que se verifican en la naturaleza íntima del hombre, desconocidos para aquella parte de la conciencia que actúa dentro de los límites del cerebro, hasta que de improviso se afirman á sí mismos dentro de esos límites, sin que, en la apariencia, vengan de parte alguna, como caídos «de las nubes», de no sabida procedencia. ¿Qué maravilla, pues, que el hombre, extraviado por su aparición repentina, ignorante de los misterios de su propia naturaleza y «del Dios interno», que es realmente él mismo, se imagine que procede de fuera lo que de hecho procede de dentro, é inconsciente de su Divinidad propia, piense sólo en las Divinidades que le son exteriores? Y este error es tanto más posible cuanto que el toque final, la vibración que rompe la aprisionante corteza, es á menudo la obra de la Divinidad que mora en otro hombre ó en algún ser sobrehumano, la cual responde al insistente grito de la Divinidad que está dentro de él mismo; con frecuencia reconoce la fraternal ayuda, pero no sabe que fué él quien la promovió: la voz de socorro lanzada por su naturaleza íntima. Así como la explicación de un individuo más sabio que nosotros puede aclarar á nuestra mente una dificultad intelectual, y sin embargo, es nuestra mente misma la que con tal ayuda encuentra la solución; así como la voz animadora de una persona más pura que nosotros puede avivarnos para realizar un esfuerzo moral que acaso considerábamos fuera de nuestro alcance, y no obstante, es nuestro poder propio quien lo efectúa, así también un Espíritu superior al nuestro, un Sér más consciente de su Divinidad, nos ayuda á poner en acción nuestra propia energía divina, pero, en realidad, es el funcionamiento de esta misma energía quien nos levanta á una esfera más elevada. Todos vivimos ligados por un encadenamiento de fraternales auxilios que de igual modo nos enlaza á los que nos están por encima que á los que nos están por debajo. ¿Por qué, pues, si nos juzgamos capaces de ayudar en su desarrollo á seres más atrasados, hemos de dudar de la posibilidad de que recibamos ayuda semejante de otros más adelantados, y de que con tal auxilio sean más rápidos nuestros progresos?

Ahora bien; entre los cambios que, encubiertos á la conciencia inferior del hombre, se realizan en su íntimo sér, hállanse los relativos al funcionamiento de su voluntad. El Ego contempla su pasado, y al hacer el balance de sus resultados, afligido bajo el peso de sus equivocaciones, se resuelve á

cambiar de actitud, á hacer mudanza en su modo de obrar. Mientras su vehículo inferior sigue sometido á sus antiguos impulsos, entregado á actividades que le llevan á fieras colisiones con la ley, el Ego hace determinación de encaminar su conducta en dirección opuesta. Hasta entonces había mirado con la vehemencia del deseo á lo animal: los placeres del bajo mundo le tenían encadenado; de hoy más les vuelve la espalda y da la cara á la verdadera meta de la evolución: se decide á trabajar por más elevados goces. Ve que el universo entero está evolucionando, y que si se coloca en contra de tan formidable corriente, será arrojado á la orilla con gran quebranto suyo; mientras que si sigue su curso, ella misma lo empujará hacia adelante, envuelto en su seno, hasta ponerlo en la deseada tierra.

Se resuelve, pues, á cambiar de vida, vuelve decididamente sobre sus pasos, torna el rostro á otro camino. Gran perturbación y angustia grande son el resultado inmediato del esfuerzo hecho para obligar á la naturaleza inferior á seguir el nuevo rumbo. Los hábitos contraídos á influjo de las antiguas miras, resisten tenazmente los impulsos que de las nuevas proceden, y un amargo conflicto se produce en consecuencia. Paulatinamente va aceptando la conciencia que obra en el cerebro, los propósitos formados en los planos superiores, y entonces, mediante el reconocimiento de la ley que aquéllos implican, «se da cuenta del pecado». El sentimiento del error crece, el remordimiento hace presa en el alma; síguense esfuerzos espasmódicos por el mejoramiento; mas frustrados por las costumbres viejas, decaen repetidas veces, hasta que el hombre, abrumado bajo el peso del dolor por el pasado y de la desesperación por el presente, se siente sumergir en una obscuridad de la cual no percibe la salida. El sufrimiento, siempre creciente, arranca, al fin, al Ego, un grito de socorro, el cual es contestado desde las profundidades de su propia naturaleza por el Dios que está así dentro como alrededor de él: la Vida de su misma vida. Y con esta ocasión vuelve la espalda á la naturaleza inferior que le es estorbo, y mira á la superior que es su íntimo sér; abandona el yo separado que le da tormento, y se dirige al Yo Uno que es el corazón de todo.

Este cambio de frente significa que ha vuelto la cara de las tinieblas á la luz. La luz estuvo allí siempre, pero él le daba la espalda; ahora mira al sol, cuya radiación alegra su vista y colma de deleite todo su ser. Su corazón estaba cerrado; ahora está de par en par abierto, y el océano de vida lo invade con sus risueñas olas que llevan envueltas delicias que ofrecerle. Elevándole van por grados oleada tras oleada de la nueva vida, en tanto que experimenta el regocijo del alba. Como pasado contempla ya á su pasado, pues tiene puesta su voluntad en más alto sendero, y se cura poco de los sufrimientos que ha heredado de aquél, en la seguridad de que no ha de transmitir la amarga herencia á su futuro. Este sentimiento de paz, de alegría y de libertad, es el que se indica como resultado del perdón de los pecados. Han sido removidos los obstáculos que entre el Dios en lo interno y el Dios en lo externo había atravesado la naturaleza inferior; ella, sin embargo, re-

conoce con dificultad que el cambio se ha verificado en ella misma, no en el Alma superior. Como un niño que, de cara á la pared, después de haber rechazado la guiadora mano de su madre, puede creerse solo y abandonado, hasta que, volviéndose con un grito, se encuentra rodeado de los brazos maternos, que nunca estuvieron más de un palmo de él distanciados, así es el hombre que, rechazando, obstinado, el amante abrazo de la divina Madre de los mundos, encuentra al fin, tornando el rostro, que jamás estuvo fuera de su sombra protectora, y que donde quiera que haya podido vagar, su guardián amor le ha seguido siempre amparando.

La clave de este cambio constitutivo del «perdón», está consignada en el verso del *Bagavhad-Gîtâ*, ya en parte citado: «Aun el más pecador, si me rinde culto con ánimo reconcentrado, será tenido también en el número de los santos, *pues él ha resuelto derechamente.*» A esta derecha resolución se sigue un resultado inevitable: «Rápidamente se convierte en cumplidor del deber y vive en paz» (1). La esencia del pecado consiste en oponerse la voluntad de la parte á la voluntad del todo: la voluntad humana á la divina. Tan pronto como se hace el cambio, tan pronto como el Ego pone su voluntad separada al unísono con la voluntad que trabaja por la evolución, el hombre «es contado entre los santos» en el mundo donde querer es hacer, en el mundo donde se ven los efectos presentes en sus causas. En los planos inferiores seguirán inevitablemente los efectos; «rápidamente se convertirá en cumplidor del deber» en el hecho, el que ya se ha convertido en cumplidor del deber en la voluntad. Nosotros juzgamos aquí abajo por las acciones, hojas muertas del pasado; allá arriba se juzga por las voliciones, semillas germinadoras del futuro. Por eso el Cristo decía siempre á los moradores del bajo mundo: «No juzguéis» (2).

Aun después de adoptada definitivamente la nueva dirección y de constituída en hábito normal de la vida, sobrevienen tiempos de caídas, á los cuales hace alusión el *Pistis Sophia* en la pregunta dirigida á Jesús, sobre si puede ser admitido de nuevo en los Misterios el hombre que, habiéndolos abandonado, vuelve otra vez arrepentido. La respuesta de Jesús fué afirmativa, pero declara que tal vez puede acontecer que una nueva admisión esté fuera del alcance de todo poder que no sea el del más elevado Misterio, el cual perdona siempre. «Amén, amén, os digo que si cualquiera recibe los misterios del primer misterio y luego se vuelve atrás y claudica aunque sea doce veces, y otras tantas vuelve á arrepentirse ofreciendo su plegaria en el misterio del misterio primero, este tal debe ser perdonado. Mas si claudica después de la duodécima vez, si se vuelve atrás y claudica de nuevo, nunca deberá hacérsele remisión para que pueda tornar á su misterio, sea éste cual fuere. Él no tiene medio de arrepentirse, á menos que haya recibido los misterios del inefable que en todos tiempos siente compasión, y por siempre jamás

(1) *Lugar citado*, IX, 31.
(2) San Mateo VII, 1.

perdona los pecados» (1). Tales restauraciones subsiguientes á fracasos, las cuales llevan consigo «la remisión del pecado», acontecen en la vida humana, especialmente en las etapas más adelantadas de la evolución. Si á un hombre se ofrecen oportunidades, que, aprovechadas, han de proporcionarle nuevos medios de crecimiento, y las deja escapar, queda fuera de la posición que había ganado y que había hecho posibles esas nuevas coyunturas de mayor avance. Por el pronto, el camino de ulteriores progresos le queda interceptado; se ve reducido á poner todo su esfuerzo en recorrer fatigosamente el camino ya andado, y en conquistar de nuevo la posición perdida, afirmando en ella sus pies. Y solamente cuando haya realizado esto, oirá la Voz gentil que le dice que el pasado se ha gastado ya, que la debilidad se ha vuelto fortaleza y que la puerta está abierta de nuevo para que pase. En esto es el «perdón», una vez más, la declaración tan sólo del estado real de las cosas, hecha por una voz autorizada: la apertura de la puerta al competente, su clausura al incompetente. Para el que ha caído y ha experimentado los consiguientes sufrimientos, esta declaración sonará á «bautismo para remisión de pecados», que vuelve á admitir al aspirante al goce de un privilegio por hecho propio perdido, y de cierto suscitará en él sentimientos de paz y de alegría, consuelos por el relevo de la carga del dolor, barruntos de haber sacudido de los pies el lodo del pasado.

Una cosa hay cierta que jamás debe ponerse en olvido: vivimos en un océano de luz, de amor y de dicha que en todo momento nos circunda—la Vida de Dios. Como el sol invade la tierra con su radiación, así esta Vida lo ilumina todo; mas este Sol del mundo nunca se pone para parte alguna de él. Nosotros interceptamos su luz á nuestra conciencia con el egoísmo, el desamor, la impureza, la intolerancia; pero él nos alumbra siempre lo mismo, bañándonos por todas partes y ejerciendo presión gentil é insistente sobre el muro por nosotros levantado. Cuando el alma derriba el obstáculo, fluye la luz dentro de ella, anegándola en sus resplandores y dándola que respire el venturoso ambiente de los cielos. «Pues el Hijo del hombre está en los cielos», aunque no lo conozca, y sus brisas aventarán sus sienes, sólo con que al curso de su soplo las exponga. Dios respeta siempre la individualidad del hombre, no queriendo entrar en su conciencia hasta tanto que esté dispuesta á darle la bienvenida: «He aquí que estoy á la puerta y llamo» (2), es la actitud de toda Inteligencia espiritual hacia el alma humana en evolución. Este aguardar á que la puerta se abra no entraña falta de simpatía, sino la sabiduría más profunda.

El hombre no debe ser compelido; ha de permanecer libre. No es un esclavo sino un Dios en el obrar; su crecimiento no puede ser forzado, sino apetecido. Sólo cuando la voluntad presta su consentimiento—así lo enseñó Giordano Bruno—influye Dios en el hombre, aunque «está en todas partes,

(1) *Lugar citado*, lib. II, § 305.
(2) Apocalipsis III, 20.

apercibido á ayudar á quien quiera que hacia Él se torne por acto de su inteligencia, y que sin reservas se presente con voluntad decidida» (1). «La potencia divina, que está entera en cualquier dosis, no se ofrece ni se niega, salvo por asimilación ó repulsión de uno mismo» (2). «Se obtiene con la rapidez de la luz solar, sin vacilación; y se hace presente á cualquiera que hacia ella se vuelve á ella y se abre.... abiertas las ventanas, el sol entra al momento; igual es lo que pasa en este caso» (3).

La sensación de «perdón» es, pues, el sentimiento que colma el corazón de júbilo cuando la voluntad del hombre se acuerda con la divina, cuando el alma abre todas sus ventanas y se siente inundada por la corriente de amor, de luz y de dicha que en ella penetra, cuando la parte se da cuenta de su unidad con el todo y adquiere el convencimiento de que la Vida Una discurre por sus venas. Esta es la noble verdad que vivifica hasta el concepto más rudo del «perdón de los pecados», y que, á despecho de su deficiencia intelectual, lo hace á menudo inspirador de las más puras y espirituales existencias. Y esta es también la verdad que en los Misterios Menores se enseña.

(Se continuará).

EL MISTERIO

(NATURALEZA Y RELACIONES DE LO MARAVILLOSO)

(Continuación).

II

HAY algo que escapa á toda reducción, algo que reconocido instintivamente y sin conciencia á veces, nos obliga á una forzosa é inevitable inconsecuencia; algo origen del pecado, de toda transgresión, de todo error; algo que, combatido en todas sus apariciones, vive y perdura en la especie humana y en el espíritu del hombre; pasa un momento por el corazón y el cerebro de cada uno y, como el hilo que ensarta las perlas de un collar, mantiene una comunidad de naturaleza entre seres que, al decir

(1) G. Bruno, traducción inglesa de L. Williams. *The Heroic Enthusiasts*, vol. I, pág. 133.

(2) *Ibid*, vol. II, págs. 27 y 28.

(3) *Ibid*, págs. 102 y 103.

de ellos mismos, gozan de los dos privilegios más grandes de cuantos pueden concebirse: la vida y el pensamiento.

Ese algo es el temor supremo, el dolor, la duda, la superstición, en fin, el punto superior de convergencia de todos los espíritus.

Parecen recusables de primera intención todas las atenciones que se tributen á la superstición, y sin embargo, ¿qué principios de las verdades humanas se hallan más arraigados, por manera tan igual y poderosa entre los hombres? Ninguno.

Nuestra ciencia y nuestra razón de las cosas se parecen á nuestra vida: carecen de razón en sus principios y en su fin. Vivimos sin recordar el momento de nuestra aparición y moriremos sin saber que hemos desaparecido para el resto. La vida es un paréntesis en lo inconsciente.

Y es que el principio de las cosas permanece para nosotros ignorado y oculto, y hemos de echar mano á cosas muy discutibles é inseguras para empezar la edificación de la vida y de la ciencia.

Una idea sin prueba, sin demostración alguna, es la base y el fundamento de las ciencias exactas. Y los principios y fundamentos de las ciencias físicas, de las ciencias naturales, de la ciencia, en fin, carecen de solidez y garantía.

Nuestra norma moral, cualquiera que sea, es tan pobre y menguada, que si alguien—ha dicho un moralista distinguido—nos detuviese diciéndonos con energía «¿dónde vas, miserable?», temblaríamos de un modo convulsivo, como si el burlador de nuestra firmeza hubiese descubierto un nuestro verdadero crimen que, sin embargo, no hemos perpetrado.

En su origen todo es incierto, y la razón fundamental de las cosas es un principio tan caprichoso y tiránico, que nos vemos obligados á vestirlo con hipótesis magníficas para ocultar la sinrazón del mismo. Lo bueno, lo verdadero, lo justo, más que principios ó derivados indiscutibles, parecen cumplimientos de condiciones establecidas porque sí, semejantes á las que rigen en un juego.

Así, reconociendo toda la vacuidad fundamental de la ciencia y de la moral, resucitando la vieja fórmula, *Nada es verdad, y todo está permitido*, Nietzsche, el último dios atormentado, ha muerto pidiendo la revisión de la tabla de los valores, tabla que ha de quebrarse con una furia mosaica superior aún á la del

legislador hebreo, en presencia de los escapes é incumplimientos nuestros de las normas que pretendemos seguir, incumplimientos forzosos que demuestran nuestra obediencia á una norma superior no definida, pero sí adivinada.

He aquí otra vez cómo hallamos de nuevo la superstición, viéndola en su forma más elevada y justa, como alivio y fuerza oculta de virtud para todo remedio; viéndola, en fin, en su sentido más puro, olvidado por cierto desde antes de los días de Plutarco, en los que las palabras que servían para designarla, abandonando su quietud de piedra, tomando movilidad, ofrécenla, no como el lazo que nos une á lo superior desconocido, sino como lazo, añagaza, perfidia, embuste, miedo, δεῖμα; no como verdad, siempre más verdadera, sino como confusión, embrollo, error, mentira, ταρδός.

Así, bajo esta declinación y conjugación de los conceptos revierten las palabras en sus opuestas, y por encima de toda voluntad y de toda idea surgen los mitos, la fábula y la leyenda. Concebir su aparición de otro modo sería hacer, como ha dicho alguien muy oportunamente, una especie de metafísico indogermanizado del creador de los mitos.

Y no es así.

La razón llega muy tarde á nosotros, y llega para contrarrestar nuestros instintos, para aniquilarlos y concluir con ellos en nombre de una ficción monstruosa, de la más infame y tiránica de las imposiciones.

Y nada podemos concebir por la razón que no sea el mal, que no sea una manifestación suya, un modo de él, porque toda nuestra comprensión no se extiende más allá de nuestra norma ficticia.

Vivir sujeto á razón, es vivir deformando el cuerpo, el alma, los sentimientos, la misma vida. Así los místicos y los grandes libertadores han proclamado con los poetas y los videntes el reinado de la locura, la exaltación del instinto en su forma más noble y elevada: la conquista de una posición más allá del bien y del mal, de lo justo y de lo injusto, de la verdad y el error, donde el instinto, la aspiración suprema, por encima de todo, no necesita hacer porque está en su plena satisfacción y porque es.

La razón, ese pretendido excelsior del espíritu, es el asesinato y la muerte de nuestra personalidad.

El castigo que se da al hombre en todas las religiones por

su primer y único pecado, su separación de los instintos, es la razón, la ciencia. En el fondo, nuestra pena y nuestro remordimiento perpetuo durante la vida.

Esclavos de la razón, no podemos elevarnos jamás sobre ella para juzgarla; no podremos tampoco comprender un cuarto espacio, ni concebir una pluralidad de dimensiones donde irradie el instinto hasta satisfacerse y hartarse.

La revelación y el presagio no podrán explicarse por razón sin llegar al ridículo positivo; y el adivino y el advertido serán desdeñados brutalmente como idiotas ó rechazados con hipócrita cortesía bajo los nombres de histéricos ó profetas. Y es que el velo que descorre la ciencia humana, no descubre el infinito ni lo supremo, es únicamente el que nos oculta á nosotros mismos, conocimiento que importa poco para la duración de los poquísimos días que vivimos.

¿Qué vale eso? «Vanidad de vanidades y sólo vanidad.»

Sólo por el instinto, por lo más noble y más grande de nosotros mismos, llegamos una vez para siempre á las fronteras del bien: por el deseo.

La sapiencia iguala al verdadero sabio con el niño y el advertido, haciéndole afectar ese aire de infinita y mortificada tristeza que adorna á todos los elegidos.

La sabiduría cansa el cuerpo y consume la vista, como el dolor y las lágrimas. Y en el fondo de toda indagación, de todo estudio, hay sólo un entusiasmo momentáneo que fulgura como un diamante en la sombra; entusiasmo que se disuelve en el ácido de las dudas y se deshace en polvo de sal, como las joyas enfermas que se fragmentan en los engarces de sus prisiones áureas, con el ruído misterioso de las copas que se quiebran.

Ved por qué nuestra caída y nuestra inconsecuencia son tan frecuentes y continuas, y ved cómo el sabio y el humilde, el uno al fin de sus indagaciones y el otro al de sus trabajos, se hallan frente á frente en las orillas del río invadeable del infinito, resignados ante lo Inexplicable y el Destino.

Ha encadenado las tempestades el sabio, pero antes las ha conjurado el campesino exahumando el hogar con las yerbas bendecidas en el templo. Se conocen los síntomas y las señales de las dolencias, el uso de las plantas y de los cuerpos para aminorar el mal y la pena, pero antes las santas y maldecidas mujeres de las montañas, cerca de Dios y de la Vida, han dado á



los enfermos todo el herbario de los calmantes, perfumado por la brisa de la noche en la gran hora de la renovación eterna.

La ciencia humana va en pos de los humildes y advertidos, de esos limpios de corazón que benefician al mundo ocultando su nombre. Detrás, siempre detrás de la intuición de todos los inspirados y videntes, va la inquisición de los escépticos, sin haberse sobrepuesto nunca, á pesar de su rápida carrera, á los humildes que caminan despacio, apagando sus pasos reposados, llenos de eco blando como las hojas que caen con rigidez de piedra en los jardines sin aire, sin jardinero, con aves mudas que vuelan como pájaros de resorte.

El alma permanece estacionada, sigue sintiendo esa, al parecer eterna no satisfacción de su deseo, y continúa prostituyéndose en cada cuerpo, pecando en la vanidad, en el amor mundano y en la comodidad. Vivimos la vida desorientándonos de ella, alejándonos más y más del verdadero camino. Y el instinto contrarrestado, humillado siempre, reclama sus derechos y su fuero, advirtiendo por el dolor y la angustia la desviación diaria.

¿Qué tendremos que hacer cuando conozcamos todo? Salir, correr otros mundos y empezar en cada uno la dolorosa tarea, la bárbara vida del no instinto que desarrollamos en éste.

La razón no concibe un término á su trabajo en otro premio que en la concepción de cualquier cielo religioso: un lugar incomprensible para el cuerpo y los placeres que puede hallarse aquí abajo al gozar las comodidades de un príncipe sin el enojo de sus vasallos. Ciega nuestra razón, no puede concebir el cielo de las almas y del espíritu: la verdadera vida del hombre, la que será cuando progrese el alma y vuelva sus ojos al gran principio: la satisfacción del instinto.

Nuestro espíritu postrado aún está en actitud de despertarse á fuerza de las grandes sacudidas del dolor y el deseo; así, por encima de la materialidad y del mercantilismo de la existencia diaria, nuestros sentidos sutilizados y más sensibles á la armonía del mundo, se han afinado haciendo posible la revelación de nuevas fuerzas que radican en el centro supremo de nosotros mismos: la voluntad. Fuerzas débiles, como las primeras fuerzas de los niños, pero fuerzas que al fin parecen el mejor camino para reempezar la vida y dirigirla á verdadero destino, satisfaciendo el instinto.

¡La voluntad! Toda nuestra fuerza, nuestro propio espíritu; es el gran mago que hace y deshace á su capricho y antojo cuanto quiere; el gran factor de todos los mundos posibles y el primer brazo de cuantos dioses entretienen sus juegos fabricando universos.

¡La voluntad! Gran descubrimiento de otro dios atormentado, Schopenhauer, ha sido, como todos los grandes adelantos, una resurrección de la ciencia de los advertidos que han pasado por la tierra: los que presienten, los que temen más que la acción el pensamiento y la mirada de los coléricos é iracundos.

Un gran místico, Böeme, dice que la magia «es el hacer del espíritu volitivo», destruyendo así toda imposibilidad humana en presencia de la potencia y energía de nuestro deseo. Y así es. Todo se realiza y se consuma; todo cuanto se quiere y ama, si se ama y quiere con verdadera eficacia.

Y todo puede dañarnos, todo puede torcer nuestra existencia, si en todo se ha puesto el deseo y la voluntad de perturbar nuestra vida, porque de un lado está la Voluntad y el Misterio de otro. Misterio adivinado, no definido, pero atestiguado por igual entre todos los hombres como algo real y supremo, como Fatalidad y Destino.

De partes distanciadas de la tierra se acercan los espíritus de los hombres á un mismo punto y concurren; y ese centro que no está fuera de ellos, sino en ellos mismos, es su angustia, su deseo, la causa de nuestra superstición, un escalofrío del instinto ante el Misterio.

III

El místico más colosal de los tiempos modernos, Mauricio Maeterlinck, ha dicho: «vendrá un tiempo, quizá, y muchas cosas anuncian que se aproxima, un tiempo en que nuestras almas se entenderán sin intermediario alguno. Por lo pronto, los dominios del alma se agrandan más cada día» (1).

Es verdad. Tal tiempo se aproxima y cada vez avanzamos más hacia su encuentro, porque todo el gran trabajo espiritual de nuestra especie se dirige á realizarlo cuanto antes.

El valor de cada paso ha sido y es insignificante en sí; pero

(1) M. Maeterlinck.—*Le trésor des humbles.* (Le reveil de l'ame).

en conjunto, ¡cuán grande importancia tiene cada uno de esos avances en la sombra y el misterio! Volved la vista atrás y contemplad el campo recorrido. Mil misterios densísimos y desentrañables antes, aparecen luminosos y claros, desvelados ante los ojos de los supremos videntes: de los únicos hombres. Pero los grandes misterios permanecen aún indevelables, y al levantarles el velo, se destruyen como si fuesen estatuas de piedra.

Hoy, como ayer, permanecemos en el sendero que debe conducirnos á un término feliz, ya que así lo deseamos. Y llegaremos si ponemos de nuestra parte toda la eficacia de nuestra voluntad, del mismo modo que realizamos cuanto queremos en el mundo al quererlo de verdad y con verdadero ahinco. Pidiendo sólo lo único que queremos.

Sí; lo único. Cuando pedimos más de lo único no alcanzamos absolutamente nada.

El Destino parece decir á esos voraces peticionarios: «Queréis ser sanos, santos, sabios, buenos honrados... Pedís demasiado, amigos míos, y es preciso que elijáis.»

Y el Destino se cumple por encima de todo, apareciendo como Fatalidad cuando no se obedece y como Genio cuando el hombre se adapta á su mandato.

Toda nuestra vida, todos nuestros pasos son débiles esfuerzos para comprender el misterio de la existencia; nada más que para eso. Y para ello se han acumulado desde tiempo inmemorial todas las actividades del hombre: las manifestaciones más grandes y más intensas de nuestro instinto.

Nuestra superstición no es el temor á los dioses que existen ó que no han existido nunca. Nuestra superstición es el reconocimiento íntimo de nuestra insuficiencia. Nos sentimos débiles y pedimos fuerzas para hacer la vida. El hombre supersticioso es, como diría cualquier sabio, un pobre hombre que se inventa una voluntad para cada instante.

Y así es. Es un pobre hombre que sin amor determinado á principio alguno, sin hallarse desposado con la opinión de ningún sabio, sino con la inconsciente voluntad de la naturaleza y el mundo, le pide señal y signo á cada momento para realizar su destino.

Ved todas las supersticiones conocidas y observaréis en ellas un misticismo materialista sorprendente. Jamás la imaginación del más avisado y sutilísimo matemático, ni la del más capcioso

intérprete de las Escrituras, ha ido tan lejos como ese pobre hombre que sin ciencia alguna se aventura á la persecución de la razón de las cosas. Ese advertido, ignorante de las ciencias humanas, sin más lógica que su estética sentimental, el canon del instinto, ha encontrado secretas y ocultas revelaciones en el número, el color, la hora, el día, la luz, el sexo, la figura, la acción, la palabra, el silencio, lo deforme y lo repetido.

Ved la acción supersticiosa y decid después de anotar sus múltiples requisitos qué obra de arte ó qué indagación científica requiere más cuidado. Para que el pobre hombre se atreva á realizar su propósito necesita una contestación cumplida, clara, sin duda alguna. Una señal no le basta, habrá de repetirse el hecho tres, siete ó nueve veces, será en un día crítico, en el martes de las fatalidades ó en el viernes de las desgracias. El experimento habrá que hacerlo á las doce de la noche, antes de sus seis últimas campanadas, en aquel momento, porque en ese instante se renueva la vida por completo. La media noche es la hora meridiana de lo Oculto y del Misterio.

¡Cuánto trabajo se toma ese espíritu inocente y sencillo para dar el paso más pequeño sobre la tierra! Amala demasiado para creerla muerta, sin una vida semejante á la suya, y por todos los medios quiere ponerse en comunicación con ella.

De primera intención, parece que fijándose el sencillo en la repetición de los hechos atribuye las cosas á la casualidad. ¡Qué error! El gran descubrimiento positivo del humilde, del supersticioso, es la condicionalidad de los hechos y la continuidad sin solución de la naturaleza. La casualidad es el nombre de la ley desconocida.

Por una contradicción, por un no sé qué paradógico que contamina todas las cosas de la vida, así las más razonables como las más lógicas, el fenómeno misterioso, el hecho secreto, como el mismo milagro, no puede ser sin el cumplimiento de ciertas condiciones. Nada más dentro de las leyes naturales que el Milagro y el Misterio. Uno y otro no hacen más que presentarse como son y como deben ser, ofreciéndonos la verdadera visión de la realidad. Sí; para el místico y el supersticioso el gran milagro y el gran misterio está en la vida diaria; lo natural, lo normal, son el milagro y lo maravilloso donde la naturaleza se muestra obrando como debe obrar, siguiendo los designios de un dios oculto y todo poderoso ó los de un Destino ignorado

que se revela á trechos, á pedazos, en esos grandes momentos.

La naturaleza está llena de almas y de espíritus. Todo está animado y lleno de vida. Los poetas y los videntes lo han dicho; y los niños y las mujeres, los locos y los sencillos ven el alma de las cosas. Murmura el viento, brama el mar, gimen los árboles hendidos por el hacha que les desgaja y derrumba al fin. Un espíritu grave cruje en las maderas de las casas antiguas y de los muebles viejos. La luz se anima, corren las aguas, padecen las plantas, palidecen los colores y se marchitan las flores faltas de rocío y de los besos del sol. Todo siente, todo vive. Todo siente y todo vive y no de un modo cualquiera, sino como nosotros mismos, porque todo tiene su yo. Sin ese animismo de las cosas, sin esa efloración de la vida, sin esa vida universal, la superstición, el arte y la vida misma no podrían ser.

Y como todo vive, como todo siente, todo piensa y todo habla, pensando y diciendo en su lenguaje peculiar y propio, en la forma, el número, el color, el sexo, en el ruído y en el silencio.

Todo habla, porque todo es nuestro, porque todo es yo. Más allá de nuestro dominio las partículas más mínimas de nosotros, independientes y libres, funcionan y se desenvuelven como un hijo de la carne.

El sentido del místico y del supersticioso es así. Habla su sangre en el tatuaje místico de una Madame de Chantal; habla la sangre en el tatuaje de los amantes mediovales, cuando separados uno de otro reviven su amor con la succión sádica y amorosa, estableciendo á distancia una sensación intensa, semejante á la que producen hoy las ondas herzenianas. Todo nuestro cuerpo habla y obra más allá de nosotros. Si el aleteo de un pájaro conmueve para siempre el universo, según la bella frase de Michelet, ¿por qué no han de obrar del mismo modo nuestra sangre, el pelo, las uñas, la imagen, el retrato, la sombra, el eco de la palabra y el silencio del pensamiento? (1)

En presencia de ciertos cuerpos dos combinados suelen sepa-

---

(1) Hay un cuento popular, entre otros que pudieran citarse, que expresa admirablemente esta vitalidad de las partículas. La niña se está arreglando para que se la lleve el gigante. De pronto se la ocurre una idea, echa tres escupitinas y se marcha por la puerta trasera. Cuando el gigante la dice: ¿Qué haces María? la primer saliva contesta; el gigante pregunta luego y las otras escupitinas contestan. Los excrementos que dejan nuestros criminales cerca de las victimas obedecen probablemente á lo mismo; garantizan la impunidad por un tiempo.

rarse muchas veces en el laboratorio del químico. Una acción catalíptica semejante, una acción de presencia, ejecutan muchas veces, al parecer, nuestras ideas y nuestros pensamientos sobre la colectividad. El ritmo de las cosas las ofrece obedeciendo á un flujo y reflujo constante: hacer y deshacer.

Una consideración de amor y de afecto nos hace redimir á lo deforme y á lo humillado, porque odiamos lo feo por instinto ó porque vemos la posibilidad de degenerar en ello.

Una orientación especial, en sentido determinado, hacia la derecha rima toda nuestra acción. (Llaves, tornillos, etc.)

La repetición del hecho nos alucina y, en fin, la inversión simétrica de la función nos la ofrece como igual y semejante á su presentación regular y primera. Sí; una cosa del revés es igual á la misma cosa exactamente al derecho. Si andar bien es andar con los pies, andar al revés sería andar con la cabeza; pero como la cabeza estaría donde están los pies, andaríamos con los pies y no con la cabeza.

He ahí toda la mística del inocente, del sencillo, del supersticioso. He ahí los caracteres que ha de tener la superstición más sublime y correcta. ¡Cuántas cosas ha de reunir! Hora, día, número, color, sexo, figura, palabras, modo, forma, presencia, recuerdo, silencio y novedad. ¡Y cuántas cosas más! ¡Cuántos requisitos para que la pregunta al oráculo sea digna de una contestación! No merece menos la cosa.

¿Habéis oído cómo se interroga al Destino? Son musitaciones idiotas, sin sentido. En realidad no se habla. Se abren los labios desplegándolos con explosiones de besos que no se dan, y se barbota una oración rara, con palabras extrañas, muertas en todos los léxicos, pero vivas porque son misteriosas, incomprensibles por sentirse demasiado, y demasiado claras por carecer de representación alguna (1).

Las palabras sagradas de las brujas son vascongadas (2). Las palabras más eficaces de los conjuros son indas, sirias, caldeas, judaicas. La contestación del Destino interrogado, á veces, es la misma palabra vuelta del revés, ya en la acción, ya en el gesto.

---

(1) Asociando como se puede y armando con galimatías indescifrable de frases cortadas y extrañas, de gran sentido para la gente del pueblo, que habla de modo parecido.—C. Bernaldo de Quirós y J. M. Llanas.—*La mala vida en Madrid*, pág. 305.

(2) Antes de untar su escoba dícese que dicen: *Emen etan Emen ik* (aquí y allí).

Es un anagrama de palabras ó un anagrama ideológico. El sino de Felipe II está en su nombre según los místicos de su época. *Felipe de Austria* equivale á decir: *la fe pide ser tuya.* El de Jacobo Clemente se encuentra en igual caso: *Frére dit Jacques Clement=C'est l'enfer qui m'a cree.*

La contestación de Jesús á Pilatos cuando éste le pregunta: «¿Qué es la verdad?» la da Jesús andando. *«¿Quid est veritas?»= Est vir qui adest.*

¿Será verdad todo esto? ¿Y por qué ha de ser mentira? ¿Por qué se ha averiguado después? ¿Pero no ha ocurrido de todos modos?

La superstición, fuente del mito, corre la misma suerte que éste en manos de los investigadores que prejuzgan. El mito se ofrece como una estupidez, como interpretación poética de la física del mundo, por Metrodoro; como una historia falsificada, por Evhemero y San Agustín; como resto bíblico, por Bryant; como un dentritus cristiano, por Lenormant; como teosofía olvidada, por Creuzer; como explicación solar, por Max Müller y Gubernatis; como diabólica para unos; como exaltación fálica para otros; como ciencia perdida para algunos más. ¿Y qué es? Acaso, como la sistematización científica y toda religión positiva, una síntesis precipitada; una explicación demasiado pronta de los fenómenos del universo: la explicación de las primeras asociaciones.

¿Es lo mismo la superstición? No. Pero es algo parecido. Es la moral concordada á la ciencia que tenemos de las cosas. El mugido del viento es en el pasado para los arios un toro; las nubes se transforman en vacas y el campesino mira al ganado como una recua de dioses. El viento arrebata al aire y le transporta sobre sus anchos y relucientes lomos; Europa es arrebatada por un toro. La Cenicienta del cuento, la hermana menor, vuelve á su casa antes de que salga el sol, y es la aurora; la hija menor de todas las horas, olvidada y postergada por sus hermanas mayores.

Así se contentan los sabios, interpretando todos los poemas y las religiones antiguas. ¿Pero no son más que eso?

¡Ah, no! Hay algo más que escapa á toda reducción. Por encima de toda superstición y de todo mito aparece la no satisfacción del hombre, el deseo de entrar en sí mismo, de realizar su deseo, su instinto.

Lo que se pide es lo imposible: el vuelo, los hijos que no se pueden tener ya, la ubicuidad, lo imposible; en fin, un alivio al dolor y una exaltación de la justicia y de la vida.

Y así han sido supersticiosos todos los grandes, los grandes dominadores del mundo, que al domeñarlo con la espada, el cincel ó la pluma, han querido realizar los grandes imposibles de la vida: el Arte, la Justicia y la Vida también.

RAFAEL URBANO.

(Concluirá.)



EL MÁGICO DON ILLÁN DE TOLEDO

(UN CUENTO OCULTISTA CASTELLANO DEL SIGLO XIV)

El Infante D. Juan Manuel y la cultura hispano-oriental.—Las influencias sanskritas en España en el siglo XIV.—Fuentes de la obra "El Conde Lucanor".—El cuento de "Don Illán el Mágico de Toledo".

(Para Mr. Harold de Bildt.)

TRATÁNDOSE de una narración tan interesante como la del Mágico Don Illán de Toledo, y de una obra tan original como el *Libro de Patronio*, á la cual pertenece, es necesario hablar previamente de su autor, el Infante D. Juan Manuel, tan diversamente juzgado por historiadores y cronistas. Estudiando imparcialmente al político y al guerrero á la vez que al escritor, puede decirse que fué el Infante D. Juan Manuel un espíritu independiente, bien encaminado y superior en un todo á su época (1). Rodeáronle desde niño circunstancias especialísimas que ha-

(1) Aunque este ilustre escritor fué censurado como espíritu inquieto y levantisco, preciso es culpar á las circunstancias y no á él. ¿Cómo eludirse del mare magnum de intrigas y de luchas que caracterizaron á su tiempo? El desenfado y osadía de que se le acusa, más bien que de él, es pecado de su raza. Sus irreverencias para con los fuertes son las irreverencias del Conde Fernan-González ó las del Cid... Su respuesta cuando el rey le propone una entrevista: *sólo la aceptaré donde corra un rio y estando cada uno en una orilla*, más bien que soberbia acusa prudencia, deseo de no mezclarse con los asuntos reales. Harto hizo con servir á tres reyes (Sancho IV, Fernando IV y Alfonso XI). Espíritu el suyo reflexivo, tuvo que tomar prevención á la vida cortesana. Los actos reales tal vez no le parecieran siempre justos. No olvidemos que él tuvo que presenciar el origen de la misteriosa leyenda castellana del rey *Emplazado*. ¿Qué efecto causaría en el espíritu de D. Juan Manuel, ver morir á su rey D. Fernando *á los treinta dias, conforme le emplazaron* los hermanos Carvajales, supliciados injusta y cruelmente por su mandato?

bían de hacer de él uno de los hombres más cultos de su época. Sobrino de D. Alfonso X el Sabio, á cuyo lado vivió cuando niño, y entregado después al cuidado de D. Sancho IV, rey algo guerrero, pero no exento tampoco de cultura, su educación fué todo lo selecta que pudiera soñarse en su tiempo. Instruído como su tío el Rey D. Alfonso en la ciencia oriental, extendida entonces por España, hubo de utilizarla en sus escritos, tal vez por esta causa más originales é interesantes que los de ningún otro escritor de su época. Sus obras todas recibieron la influencia oriental. El *Libro de los Estados* está inspirado en el *Cuzary* del gran poeta hebreo-hispano Jehuda Levi, de Toledo; su *Libro del Caballero y del Escudero*, que encierra, según Puibusque, lo más transcendental de la ciencia y de la filosofía del siglo XIV, no deja de tener reminiscencias orientales, y no sería difícil encontrar asimismo dichas reminiscencias en el *Libro indefinido* y en su *Tratado á Malquefa*, obra esencialmente mística. Pero en donde se observa de un modo preciso esta influencia, es en el famoso é interesante *Libro de Patronio*, llamado también *El Conde Lucanor*, donde aparece la narración que motiva estas líneas.

Es dicha obra de un curioso exotismo dentro de nuestra literatura. Nada menos que en los antiquísimos cuentos sanskritos es donde hay que ir á buscar sus fuentes. Su plan es semejante al de las obras hindas del mismo carácter, todo lo cual nada tiene de extraño recordando que en toda esta época España es para Europa la puerta de entrada de la sabiduría oriental. Y he aquí por ahora, en pocas palabras, las fuentes de la obra del Infante D. Juan Manuel, desde el punto de vista de las derivaciones orientales.

Sus primeros precursores fueron seguramente los fabulistas hindos que escribieron el *Pañchatanttra*, el *Hitopadeça* y el *Kathâsaritsâgara*. Y anticipemos hoy que, no ya la obra del Infante D. Juan Manuel, sino el apólogo en general, tiene su primera fuente en las citadas obras hindas. El mismo fabulista legendario de los árabes, el célebre Lókman, toma sus fábulas de la India, y no nos sería difícil demostrar cómo el negro Æsopo las copia á su vez del árabe y las introduce el primero en Europa por conducto de la literatura griega.

Pero no fué por esta vía por la que llegaron las fábulas hindas á España. España tuvo una derivación especial suya. Del *Pañchatanttra* pasaron asimismo las fábulas hindas á la literatura persa y de ésta á la árabe (merced á una derivación distinta de la del sabio Lókman), y con el título de *Libro de Calila y Dimna* recorrieron el Oriente semítico, llegando finalmente á España, donde ya en el siglo XIII aparece un ma-

nuscrito castellano titulado *Calila e Dimna; son diversas fábulas moralizadoras*. Este manuscrito había sido traducido del árabe al latín y luego al castellano primitivo por orden del Rey D. Alfonso el Sabio.

Ahora bien; como el Infante D. Juan Manuel pudiera ser considerado como el continuador de la escuela que diríamos oriental dentro de nuestra literatura—escuela cuyo jefe y apóstol fué el propio Rey D. Alfonso—y como fué además peritísimo en la lengua y literatura arábiga, á la que ya pertenecía el *Libro de Calila y Dimna*, nada de extraño tendría que escribiera alguna vez influído por todas estas circunstancias; y su obra en este sentido fué seguramente *El Conde Lucanor*. Esto se comprueba examinando dicha producción:

a) El plan de *El Conde Lucanor* es, en efecto, el mismo que observamos en las obras de su mismo carácter de la literatura sanskrita. En éstas es común que un rey ó príncipe sea instruído por su consejero ó ministro, que le propone cuestiones, á cada una de las cuales acompaña una fabula. A la vista tenemos un ejemplar del *Hitopadeça*, una de las citadas colecciones de apólogos hindos; sus cuentos comienzan con un precepto ó consejo moral relacionado con cierta fábula, referida después con tal motivo por el consejero ó privado, y terminan con otro precepto y la repetición del que sirvió de tema. Exactamente igual sucede en *El Conde Lucanor*, como puede verse en este ejemplo tomado al azar:

Hitopadeça.

Se ha dicho: el insensato que, abandonando á sus partidarios, se mezcla entre sus enemigos, perece à manos de estos, como el chacal aquel que se tiñó de azul.

—Como fué esto? preguntó el rey. El ministro comenzó á contar:

Era un chacal que, vagando por alrrededores de una ciudad, se cayó en una cuba de tinte azul, etc.

Lib. III. *Vigraha*.

El conde Lucanor.

Fablava un dia el conde Lucanor con Patronio su consejero en esta guisa: Patronio, en ninguna guisa non puedo escusar de aver contienda con uno de dos vecinos que yo he, y acontece así que es el uno mas mi vecino aora, y ruégovos que me consejedes que faga en esto. Señor conde, dijo Patronio, porque sepades para esto lo que vos mas cumple, sería bien que supiésedes lo que contece á un ome con un pardal y una golondrina. E el conde le preguntó como fuera aquello.

Señor conde, dijo Patronio, un ome era flaco y tomara grande enojo con el ruido de las voces de las aves, etc. (1).

(Cap. XLVII.)

(1) Hablaba un día el Conde Lucanor con Patronio, su consejero, de esta manera: «Patronio, de ningún modo puedo evitar el tener contienda con dos vecinos míos; mas acontece que el uno es ahora más vecino que el otro. ¿Qué me aconsejáis que haga sobre

b) Por otra parte, el empleo frecuentísimo de lo maravilloso y supernatural en toda la obra, así como las frecuentes alusiones á la alkimia y á la magia, y aunque no hubiera otro indicio, la existencia del cuento de *Don Illán el Mago* nos indicaría á las claras qué modelos tendría presente el noble D. Juan Manuel, cuando ideaba *El Conde Lucanor*. En sus narraciones aparecen mujeres endemoniadas «que dicen cosas maravillosas» (cap. X); se insertan cuentos árabes con frases en árabe (cap. XI); se refieren horribles leyendas de tema taumatúrgico como la del Lombardo de Bolonia (cap. XV); se habla de fisiognomía y de otros conocimientos secretos (cap. XIX), etc., etc.

c) Además, entre las narraciones de la obra entremézclanse algunas fábulas del argumento semejante al de las que se insertan en las colecciones hindas, como la del cuervo y el raposo (cap. XXVI); la que pudiéramos decir originó la nuestra de *La Lechera* (cap. XXIX); la del gallo y el raposo (cap. XXXII); la de los buhos y los cuervos (capitulo XXXV); la misma leyenda de Don Illán — como luego veremos — y algunas otras que con leves variantes pueden encontrarse en el citado *Hitopadeça* y demás libros de esta índole (1). Esto en cuanto á los orígenes orientales.



Tratando ahora en concreto de la narración *El Mago Don Illán*. Constituye el capítulo XIII de *El Conde de Lucanor*, y su verdadero título es: *De lo que (a)contecio á un dean de Santiago con don Illan el magico que morava en Toledo*. A pesar de no ser hoy muy conocida, su mérito es tal, que por él transcendió á otras literaturas, contándose en 1824, según Milá y Fontanals, cuatro reproducciones inglesas, tres francesas y una alemana. Su argumento, aunque originalísimo y de marcado sabor castellano, recuerda en su parte esencial la fábula

---

esto? «Señor Conde—dijo Patronio—para que sepáis lo que más os conviene, sería bien supieseis antes lo que aconteció á un hombre con un gorrión y una golondrina.» Y el Conde le preguntó lo que sucediera.

«Señor Conde—dijo Patronio—había un hombre que estaba malo y era molestado con el ruido de las aves... etc.»

(1) En cuanto á la importancia é influencia que *El Conde Lucanor* ejerciera en las literaturas posteriores, sólo indicaremos que nuestro Calderón se inspiró en sus escenas; que Shakspeare pudo tomar de éstas el argumento de *La fierecilla domada* (cap. XLV) y que no pocas otras han devenido cuentos populares españoles demostrando así cuán bien fueron ingertadas, y cuán bien encarnaron en el espíritu de la raza.

hinda del ratón convertido en tigre, inserta en el *Vigraha* ó Libro III del *Hitopadeça* (1).

Está escrita la historia del Mago Don Illán como toda la obra de que forma parte, en castellano primitivo, lleno de palabras y á veces de giros arcaicos de difícil comprensión (2).

Su asunto se basa en el deseo que cierto deán santiagués tiene de conocer «la Nigromancia», ó sean las Ciencias ocultas, pues entonces no era común sino el primero de estos nombres. El curioso deán oye hablar de un célebre Mago al que se decide consultar. Vive el Mago en Toledo, como no podía menos de suceder en aquella época en que Toledo era la Meca de la Magia y en que la Astrología, la Alkimia y la Kábbalah eran allí enseñadas por sabios maestros árabes y hebreos, por lo que se decía á propósito de la célebre ciudad (3): «*Van á París los clérigos para estudiar las artes liberales; á Bolonia los códigos; á Palermo los medicamentos y á Toledo los diablos...*» (4)

Encamínase, pues, el deán á Toledo, en donde el Mago Don Illán le demuestra—haciéndole conocer «*lo que lleva en él*» (es decir, lo que le constituye esencialmente, lo que sería su futuro, su Karma futuro)—que no debía aprender semejantes conocimientos, pues no les había de emplear como era debido. Esto es, por lo menos, lo que para nosotros quiere significar la extraña leyenda.

Estudiando detenidamente su asunto se comprende que, sólo por no ser costumbre de la época, no se hubieron de señalar en el texto las separaciones que tan indicadas están y que por la misma razón se

(1) En esta fábula un ratón llega á convertirse en tigre por el poder mágico de cierto asceta, su protector, á quien luego, empero, quiere matar. El asceta, adivinando su deseo, dícele: «*Vuelve á tu primera existencia de ratón*», y el tigre se encuentra de nuevo ratón, como en el cuento castellano el deán que había llegado á ser Papa se encuentra de nuevo simple deán de Santiago por sus malos designios.

(2) Por esta razón, y por la de que la ortografía también es antigua y los párrafos no están separados, etc., hemos creído conveniente presentar á dos columnas la versión original y la que pudiéramos decir moderna, en la cual hemos substituído palabras y giros arcaicos por otros actuales, y hemos introducido separaciones é indicaciones encaminadas á facilitar su inteligencia y lectura. Tal atrevimiento puede disculpársenos en atención á que de otro modo no podría ser leída nuestra leyenda por el público extranjero, desconocedor de nuestro antiguo idioma.

(3) FARINELLI: *La literatura española en el extranjero á través de los siglos*. Revista *La Lectura* de Madrid, número de Octubre de 1902.

(4) La simple palabra *Toledo* es un juramento para la bruja medioeval, si hemos de creer á Michelet. Además, en el siglo XI Gerbert aprende en Toledo la magia según el propio Michelet, y aun los mismos estudiantes de Baviera y de Suavia vienen á la santa ciudad atraídos por la fama de la sabiduría sarracena.

dejaría de indicar, que todo cuanto sucede al deán de Santiago, mientras está bajo el influjo del Mago Don Illán es una escena de sugestión ó de hipnotismo, por medio de la cual el deán alcanza la visión de su vida futura, vida que él mismo comprende no es todo lo abnegada, depurada y sencilla, que fuera preciso para un conocedor del Misterio... Y ahora, para que el lector juzgue, he aquí la narración ideada en el siglo XIV por el Infante D. Juan Manuel, sobrino del Rey D. Alfonso el Sabio:

De lo que aconteció á un dean de Santiago con Don Illan el Magico que morava en Toledo:

Texto original.

Señor conde, dijo Patronio, en Santiago avia un dean, que avia muy gran voluntad de saber el arte de la nigromancia, é oyó decir que don Illan de Toledo sabia ende más que ninguno, que fuese en aquella sazon, é porende vínose para Toledo para aprender de aquella ciencia. Y el día que llegó á Toledo, enderezó luego á casa de don Illan, é fallólo que estava leyendo en una cámara muy apartada. Y luego que llegó á él recibiólo muy bien y díjole que non queria que le dijese ninguna cosa de lo porque viniera fasta que huviese comido, y pensó muy bien dél, é fízole dar muy buenas posadas y todo lo que ovo menester, y dióle á entender que le placia mucho con él. Y despues que huvieron comido, apartóse con él, y contóle la razon, porque allí viniera, y rogólo mucho afincadamente, que le mostrase aquella ciencia, y que él avia muy gran talante de la aprender. Y don Illan dijo, que él era dean y hombre de gran guisa, y que podria llegar á gran estado, y los hombres que tienen gran estado, de que todo lo suyo han librado á su voluntad, olvidan mucho aína lo que otri ha fecho por ellos, y que él se recelava, de que qu'él oviese aprendido aquello que él queria saber, que le non faria tanto bien como él le prometía. E el dean le prometió, y le aseguró, que de cualquier bien que él oviese, que nunca faria sino lo que él mandase, y en estas fablas estuvieron desde que huvieron yantado fasta hora

Versión moderna.

... Dijo Patronio:

Habia un dean en Santiago que tenia muy gran voluntad de conocer el arte de la Nigromancia y he aquí que oyó hablar de un don Illan de Toledo que sabia sobre esta materia mas que otro alguno por lo que el dean decidióse á venir á Toledo para aprender de aquella ciencia.

El día que llegó encaminose á casa de don Illan al cual encontró leyendo en una cámara muy apartada. Presentóse á él, que le recibió muy bien y le dijo no le hablase de los motivos que le traian hasta que hubiesen comido, y pensó muy bien de él; hizo que le dieran lo que necesitase y diole á entender cuanto le placia tenerle á su lado.

***

Cuando llegó el momento en que hubieron comido *apartose* el dean con el mago y le expuso el motivo que le trajera rogándole muy encarecidamente le enseñase de aquella ciencia que tan grandes deseos tenia de aprender.

Entonces el mago le recordó al dean su posicion como hombre de gran *guisa* que podria llegar á ser hombre de gran gerarquia y que los hombres de gran gerarquia hacian todo lo suyo segun sus deseos y olvidaban pronto lo que los demas hicieran por ellos. Y finalmente díjole que se recelaba de que cuando le hubiese enseñado lo que tanto deseaba saber, no le hiciese tanto bien como

de cena. Y desque su pleito fué bien asosegado entre ellos, dijo don Illan al dean, que aquella ciencia non se podia aprender, si non en lugar mucho apartado, y que luego esa noche le queria mostrar donde avian de estar fasta que huviese aprendido aquello, que él queria saber. E tomóle por la mano é levóle á una cámara. Y en apartándose de la otra gente llamó á una manceba de su casa é díjole que tuviese perdices para que cenasen en esa noche, mas que non las pusiese á asar fasta que él ge lo mandase. Y desque esto huvo dicho, llamó al dean, é entraron amos por una escalera de piedra muy bien labrada, y fueron descendiendo por ella muy gran pieza en guisa que parecian tan bajos, que pasava el rio Tajo sobre ellos. E desque fueron en cabo de la escalera, fallaron una posada muy buena en una cámara mucho apuesta, que ahi avia, do estavan los libros y el estudio en que havian de leer. Desque se asentaron, estavan parando mientes, en cuales libros avian de comenzar. Estando ellos en esto entraron dos hombres por la puerta, y diéronle una carta que le embiava el arzobispo su tío, en que le facia saber, que estava muy mal doliente, y que le embiava á rogar, que si le queria ver vivo, que se fuese luego para él. Al dean pesó mucho con estas nuevas, lo uno por la dolencia de su tio, lo al por recelo que avrian á dejar su estudio tan aína: y fizo sus cartas de respuestas, y embiólas al arzobispo su tio. Y dende á cuatro dias llegaron otros hombres á pie, que traian otras cartas al dean, en que le facia saber que el arzobispo er[illegible]nado, y que estavan todos los de la iglesia en su eleccion, y que fiavan por la merced de Dios, que esleirian en él, y que por esta razon non se quejase de ir á la iglesia, y que mejor era para él en que lo esleyesen, seyendo él en otra parte, que non estando en la iglesia. Y dende á cabo de ocho ó siete dias vinieron dos escuderos muy bien vestidos y muy bien aparejados, y cuando llegaron á él, besáronle la mano y mostráronle las cartas, y como le avian esleido por arzobispo. Y cuando don Illan esto oyó, fué al electo, y díjole como gradescia mucho á

él le prometia. Mas el dean le aseguró y afirmó que de cualquier cosa que él alcanzase, jamas haria nada sino lo que le ordenara su Maestro.

En tales pláticas se estuvieron hasta la hora de la cena y cuando ya el pleito estuvo bien asosegado entre ellos comenzó á decir don Illan al dean de Santiago, que aquella ciencia de la Nigromancia no podia aprenderse sino en lugar muy apartado y que, pues estaba tan resuelto, en aquella misma noche le habia de mostrar donde estarian hasta que hubiese aprendido lo que queria saber. Y tomándole por una mano le condujo á otra cámara. Mas al apartarse de la otra gente, llamó á una de las mancebas de la casa y la dijo que les tuviesen perdices para la cena de la noche, pero que no las pusiese á asar hasta que él lo dijera. Dicho lo cual, llamó al de Santiago y entrando ambos por una escalera de piedra muy bien labrada, comenzaron á descender hasta una tal profundidad que parecia que pasaba el rio Tajo sobre ellos. Ya en el fin de la escalera, encontraron un retiro muy bueno en una cámara muy apuesta donde estaban los libros en que habian de leer. Entonces sentaronse y comenzaron á pensar por cuales libros comenzarian...

(En este momento el Mago Don Illán hace caer en un sueño profundo al deán de Santiago y le muestra su vida futura.)

***

Y estando ellos en esto, entraron dos hombres por la puerta y entregaron al dean una carta que le enviaba el arzobispo, su tio, en cuya carta haciale saber que estaba muy enfermo y le decia que si queria verle vivo partiese enseguida. Mucho pesaron al dean estas nuevas, lo primero por la enfermedad de su tio y lo segundo por el recelo de que tuviese que abandonar tan presto su estudio; entretanto redactó una respuesta para enviársela al arzobispo su tio.

Á los cuatro dias de esto, llegaron otros hombres á pié que traian otras cartas al dean por las cuales se le participaba que el arzobispo habia fallecido y que estaban todos los de

Dios por estas buenas nuevas que llegaron á su casa: y pues Dios tanto bien le ficiera, que le pedía por merced, que el deanazgo, que fincaba vacado, que le diese á un su hijo. Y el electo le dijo, que le rogava, que quisiese consentir que aquel deanazgo lo huviese un su hermano, mas que él le faria bien en la iglesia en guisa que él fuese pagado, y que le rogava que se fuese con él á Santiago, y que levase con él aquel su fijo. Y don Illan le dijo, que lo faria, y fuéronss para Santiago. Y cuando allá llegaron, fueron bien recebidos y mucho honradamente. Y desque moraron hi un tiempo, un dia llegaron al arzobispo mandaderos del papa con sus cartas, en como le dava el obispado de Tolosa, é que le facia gracia que pudiese dar el arzobispado á quien él quisiese. Y cuando don Illan esto oyó, retrayéndole mucho afincadamente lo que con él habia pasado, pidiéndole de merced que le diese á su fijo. Y el arzobispo le rogó que consintiese, que lo huviese un su tio hermano de su padre, y don Illan dijo, que bien entendia que le facia muy gran tuerto, pero que lo consentia en tal que fuese seguro, que ge lo enmendaria adelante. Y el arzobispo le prometió en toda guisa que él lo faría, y rogóle que fuese con él á Tolosa, y que levase á su fijo. Y desque llegaron á Tolosa, fueron muy bien recebidos de condes y de cuantos hombres buenos avia en la tierra. Y desque huvieron hi morado fasta dos años, llegáronle mandaderos del papa con sus cartas, en como le facia el papa cardenal, y que le facia gracia que diese el obispado de Tolosa á quien él quisiese. Y entonce fué á él don Illan y dijole: Que pues que tantas veces le avia fallecido de lo que con él pusiera, que ya aquí non avia lugar de le poner escusa ninguna, que le non diese alguna de aquellas dignidades á su fijo. Y el cardenal rogóle que consintiese que huviese aquel obispado un su tío, hermano de su madre, que era hombre bueno anciano, mas que pues él cardenal era, que fuese con él para la corte, ca asaz averia en que le ficiese bien. Y don Illan aquejóse ende mucho, pero consintió en lo que el cardenal quiso, y fuése con él para la corte. Y desla iglesia ocupados en la nueva eleccion que, por merced de Dios, esperaban recaeria sobre él por lo cual le decian, no se preocupara ya de no estar en la iglesia pues mejor seria que le eligieran estando él en otra parte que no estando en la iglesia...

Y al cabo de siete ú ocho dias llegaron dos escuderos muy bien aparejados y vestidos y aproximándose á él, besáronle la mano y entregáronle las cartas por las cuales habia sido elegido arzobispo.

***

Don Illan que oyó esto, acercose al electo y le dijo cuanto agradecía á Dios por tales nuevas que llegaban á su casa y le dijo tambien que pues que Dios tanto bien le hiciera, le pedia por merced, que el deanazgo, que quedaba vacante, se lo diese á un hijo suyo. Pero el electo le rogó que aquel deanazgo lo tuviese un hermano suyo, que él veria la manera de hacerle otro bien en la iglesia con el cual se considerase pagado. Y le rogó se viniese con él á Santiago y se llevase consigo á su hijo, y habiendo accedido don Illan partiéronse para Santiago.

Cuando llegaron fueron muy bien recibidos y agasajados. Y ya permanecian allí algun tiempo cuando un dia llegaron al arzobispo mandaderos del papa, con cartas por las cuales se le concedia el obispado de Tolosa y se le hacia gracia de que pudiese entregar el arzobispado á quien quisiere. Y como don Illan oyera esto, recordóle vehementemente lo que con él habia pasado en otra ocasion por lo que ahora le pedia el arzobispado para su hijo. Mas el arzobispo le rogó permitiera se le diese á un tio suyo hermano de su padre, á lo cual respondió don Illan, que si bien le hacia bastante estorsion que consentia con tal de que fuese remediado en lo sucesivo. Prometióselo el arzobispo y le rogó se viniera con él á Tolosa llevando consigo á su hijo.

No bien llegaron á Tolosa, fueron muy bien recibidos por los condes y por todos los hombres buenos de aquella tierra. Y ya haria dos años que permanecian allí, cuando llegaron mandaderos del papa para el

que hi llegaron, fueron muy bien recebidos de los cardenales y de cuantos en la corte eran, y moraron hi muy gran tiempo.. Y don Illan afincando cada dia al cardenal. que le ficiese alguna gracia á su fijo, él poníale sus escusas. Y estando así en la corte, finó el papa, y todos los cardenales elegieron aquel cardenal por papa. Y entonce fué á él don Illan y díjole, que ya no le podía poner escusa de le non cumplir lo que le avia prometido. Y el papa dijo, que non le afincase tanto, que siempre avria lugar en que le ficiese merced segun fuese razón. E don Illan se comenzó á quejar ende mucho, retrayéndole cuantas cosas le prometiera, é que nunca le avia cumplido ninguna, é diciéndole que aquello recelara él la primera vegada que con él fablara. Y pues aquel estado era llegado, y no le cumplia lo que le prometiera, que ya no le fincava lugar en que atendiese dél bien ninguno. Y deste afincamiento se quejó mucho el papa, y comenzóle á maltraer. y diciéndole que si mas le afincase, que le faria echar en una cárcel. que era herege y encantador, y que bien sabía él que no avia él otra vida, nin otro oficio en Toledo, donde él morava, sino vivir por aquella arte de la nigromancia. Y desque don Illan vió cuan mal le galardonava el papa lo que por él avia fecho, despidióse dél. é solamente non le quiso dar el papa que comiese por el camino. Entónces don Illan dijo al papa, que pues él non tenia que comer, que se avia á tornar á las perdices que mandara traer aquella noche, é llamó la muger, y díjole que asase las perdices. Y cuando esto dijo don Illan, fallóse el papa en Toledo, dean de Santiago como lo era cuando hi vino. y tan grande fué la vergüenza que ovo, que non supo que le decir, y don Illan díjole que fuese en buena ventura, que asaz avia provado lo que tenía en él, y que se tuviera por malaventurado si le huviera dado parte de las perdices.

obispo con sus cartas por las cuales el papa le nombraba cardenal y le concedia la gracia de que entregase el obispado de Tolosa á quien quisiere.

Entonces acercósele don Illan y le dijo que puesto que tantas veces le habia fallido en sus deseos, ahora no le pondria excusa sino que le daría alguna de aquellas dignidades para su hijo. Empero, el cardenal le rogó le dejase conceder aquel obispado á un su tio, hermano de su madre, que era anciano y bueno, y que como ahora era cardenal, se viniese con él á la corte donde asaz habria con que favorecerle. Mas don Illan aquejóse mucho por esto aunque consintió en lo que el cardenal quiso y se fue con él para la corte.

Y cuando llegaron á ella fueron muy bien recibidos por los cardenales y por cuantos la formaban y permanecieron allí mucho tiempo.

Y cada dia que pasaba don Illan rogaba al cardenal le concediese alguna gracia para su hijo y el cardenal poníale sus excusas. Y estando así en la corte sucedió que murió el papa y que los cardenales eligieron por papa al cardenal. Entonces fuese á él don Illan y le dijo que ya no tendria escusa alguna para no cumplir lo que le habia prometido á lo que el papa respondió que no le agoviase tanto, que no faltaria lugar de hacerle merced segun fuese razon. Mas don Illan comenzó á quejarse de todo esto, recordándole todo cuanto le prometiera y no le cumpliera y diciéndole que ya se recelaba él todo esto desde la primera vez que con él hablara y añadió por último que puesto habia llegado á tal jerarquia sin cumplirle lo prometido no esperaria ya de él bien alguno...

Entonces el papa quejóse grandemente de estos empeños y comenzó á maltratar á don Illan diciéndole que si le molestaba mas, le haria meter en la carcel, pues al fin hereje era y encantador y que bien sabia él que no tenia otra vida ni otro oficio en Toledo donde vivia sino el de ejercer el arte de la Nigromancia...

Así pues, al ver don Illan, cuan mal le agradecia el papa todo lo que por él habia hecho, despidiose de él sin que quisiera darle el papa ni aun para que comiese por el camino.

Entonces don Illan dijo al papa que puesto que no tenia que comer forzoso seria *volverse* á las perdices que mandara traer aquella noche; y llamando á la criada, la ordenó las asara.

(Don Illán hace volver á la realidad al deán de Santiago.)

Y no bien habia dicho esto don Illan, encontróse el papa en Toledo, dean de Santiago como cuando vino, y tan lleno de vergüenza que no supo que decir.

Entonces don Illan le dijo que fuera en buena ventura, pues harto habia probado lo que llevaba en él, y que se tuviera por malaventurado si le hubiera dado parte de las perdices...

VIRIATO DÍAZ-PÉREZ.

Madrid, Junio de 1903.

LO PORVENIR

(CONCLUSIÓN)

Es muy extraño que se pueda penetrar de esta suerte en el supremo refugio de nuestro sér, y leer mejor que nosotros pensamientos y sentimientos, algunas veces olvidados ó rechazados, pero siempre vivos. Es verdaderamente desconcertante que un extraño ahonde más que nosotros en nuestro propio corazón. Esto arroja una luz singular sobre la naturaleza de nuestra vida interior. Por mucho que nos aislemos y encerremos, nuestra conciencia no se estanca, huye, no nos pertence; y si bien es verdad que es menester que concurran circunstancias especiales para que otro se instale y tome posesión de ella, es también cierto que en la vida normal, nuestro «foro interno», como se lo ha llamado con la intuición profunda que se encuentra en la etimología de las palabras, es una especie de foro, de mercado espiritual, donde la mayor parte de los que negocian van y vienen á su agrado, fijan la mirada y escogen las verdades de un modo muy distinto y mucho más libremente de lo que hemos creído hasta ahora.

Pero dejemos este punto, que no es objeto de nuestro estu-

dio. Lo que quisiera descubrir en las predicciones de Julia es la parte que á mí mismo me era desconocida. ¿Fué más allá de lo que yo sabía? No lo creo. Cuando me habló del feliz éxito del negocio, era el éxito que yo preví, y que en rigor satisfacía la parte egoísta y grosera del instinto, aunque mi voluntad, fiel á un deber elemental, estuviese decidida á sacrificarlo todo antes que separarse de este deber, prefiriendo un mezquino triunfo personal. Es, por tanto, notable que en las comunicaciones de este género la voz secreta del instinto se deje oir mucho más claramente que la de la voluntad mejor determinada. Así, cuando me anunció la muerte del adversario, no hacía más que revelar un secreto deseo de este mismo instinto, uno de esos deseos cobardes y vergonzosos que nos ocultamos á nosotros mismos y que no se elevan hasta nuestro pensamiento. Realmente no habría profecía á menos que, contra toda esperanza, contra toda verosimilitud, esta muerte sobreviniese de aquí á poco. Pero aun cuando sobreviniese próximamente, no sería, según creo, la pitonisa quien hubiera penetrado el porvenir, sino yo, mi instinto, mi ser inconsciente que preveía un acontecimiento al cual se hallaba ligado. Ella hubiera leído en el Tiempo, no absolutamente y como en un libro universal donde todo lo que debe tener lugar está escrito, sino por mí, á través de mí, en mi intuición particular, y no hubiera hecho más que traducir lo que mi inconsciencia no podía decir á mi pensamiento.

Imagino que lo mismo sucedió con las dos personas que fueron á consultarle. Aquella á quien predijo la muerte de un amigo probablemente tenía, á pesar de la seguridad que la razón daba á la amistad, la convicción íntima, natural ó adivinatriz, pero enérgicamente sofocada, de que el enfermo sucumbiría, y esta fué la convicción que la sonámbula descubrió entre los dulces suspiros que se esforzaban por engañarla. En cuanto á la segunda, que encontró, inopinadamente un objeto extraviado, es difícil conocer con bastante exactitud el estado de espíritu de otro para decidir si tuvo doble vista ó simple reminiscencia. El que había perdido el objeto, ¿ignoraba absolutamente en qué lugar y en qué circunstancias lo había perdido? Afirmo que sí, que jamás había tenido la menor noción de él, que, al contrario, estaba persuadido de que el objeto no se había extraviado, sino que se lo habian robado, y que sospechaba en uno de sus

domésticos. Pero es posible que, sin parar atención en ello su inteligencia, su yo despierto, la parte inconsciente y como adormecida de su sér, recordase el lugar donde el objeto estaba depositado. Siendo así, por un milagro no menos maravilloso, pero de otro orden, la pitonisa habría despertado el recuerdo latente y casi animal, sacándolo á luz.

* * *

¿Sucederá así con todas las predicciones? ¿Bastaríales á las profecías de los grandes profetas, á los oráculos de las grandes sibilas, de las pitonisas, reflejar, traducir y elevar de esta suerte al mundo inteligible la instintiva clarividencia de los individuos ó de los pueblos que los escuchaban? Acepte cada uno la respuesta ó la hipótesis que le sugiera su propia experiencia. Yo he expuesto la mía con la simplicidad y la sinceridad que exigen las cosas de la naturaleza.

Es, lo repito, casi increíble que no sepamos nada de lo porvenir. Imagino que estamos frente á él, como frente á un algo olvidado. Podríamos intentar recordarlo. Algunos hechos insinúan que no es posible. Todo sería cuestión de inventar ó de encontrar el camino del recuerdo que nos precede.

Concibo que no tengamos facultades para conocer de antemano las revoluciones de los elementos, el destino de los planetas, de la tierra, de los imperios, de los pueblos y de las razas. Esto no nos afecta directamente y no lo sabemos en el pasado sino gracias á los artificios de la historia. Pero lo que nos atañe, lo que está á nuestro alcance, lo que debe desenvolverse en la reducida esfera de los años, secreción espiritual que nos envuelve en el Tiempo, como la concha ó el capullo envuelve en el Espacio al molusco ó al insecto, esto y todos los acontecimientos exteriores que á ello se refieren, está probablemente escrito en nuestra esfera. En todo caso, sería mucho más natural y comprensible que lo fuese. Hay realidades en lucha con una ilusión, y nada nos impide creer que, aquí, como en todo, las realidades acaben por vencer á la ilusión. Las realidades son lo que no sucederá, habiendo ya sucedido en la historia que pesa sobre la nuestra, en la historia inmóvil y sobrehumana del universo. La ilusión es el velo opaco, formado por esos hilos efímeros llamados ayer, hoy y mañana que tejemos sobre estas reali-

dades. Pero no es indispensable que todo nuestro ser sea eternamente víctima de esta ilusión. Podemos preguntarnos si nuestra extraordinaria ineptitud para conocer una cosa tan sencilla, tan indiscutible, tan perfecta y tan necesaria como lo porvenir, no será una de las mayores ocasiones de asombro y admiración para un habitante de otra estrella que nos visitase.

Hoy día esto nos parece tan profundamente imposible, que nos cuesta trabajo imaginar cómo la realidad cierta del porvenir había de refutar las objeciones que le hacemos en nombre de la ilusión orgánica de nuestro espíritu.

Decimos, por ejemplo: si en el momento de emprender un negocio pudiésemos saber que el éxito sería infausto, no lo emprenderíamos, y por consiguiente, toda vez que debe estar escrito en alguna parte en el tiempo, antes de nuestra interrogación, que el negocio no se llevará á cabo en vista de que renunciamos á él, no sabríamos prevenir el éxito de lo que no hubiera tenido principio, etc.

Para no extraviarnos en este camino que nos llevará á lugares un tanto extraños, nos bastará decir que el porvenir, como todo lo que existe, es probablemente más coherente y más lógico que la lógica de nuestra imaginación, y que todas nuestras vacilaciones é incertidumbres estarán comprendidas en sus previsiones. Por lo demás, persuadámonos de que la marcha de los sucesos no se desviaría apenas si la conociésemos de antemano.

En primer lugar, no conocerán lo porvenir ó una parte de él sino aquellos que quieran tomarse el trabajo de estudiarlo; como no conocen el pasado sino aquellos que tienen el valor y el talento de interrogarlo. Nos adaptaríamos pronto á las lecciones de esta ciencia nueva, del mismo modo que nos hemos adaptado á las de la historia. Causaríamos los males que pudieran quedar impunes, así como aquellos que fuesen inevitables. Los más sabios reducirían el caudal de estos males y los otros irían delante de ellos, como van ahora delante de muchos desastres ciertos y que es fácil predecir. Disminuiría algo la suma de nuestros deberes, pero menos de lo que esperamos; porque ya nuestra razón sabe prever una parte de lo porvenir, si no con la evidencia material que soñamos, al menos con una certeza moral generalmente satisfactoria; y observemos que la mayor parte de los hombres apenas sacan provecho de estas predicciones tan fáci-

les. Menospreciarán los consejos de lo porvenir, como oyen, sin seguirlas, las advertencias del pasado.

Mauricio Maeterlink.

(De la nueva revista española *Helios*.)



EL HILOZOISMO

COMO MEDIO DE CONCEBIR EL MUNDO

(Continuación.)

V.—Base química de la concepción hilozoista

Una vez que he dicho que no tengo miedo á las ciencias de observación en mi defensa del hilozoismo, ¿he de ser menos animoso, menos valeroso con la ciencia de las combinaciones? Por cierto que no; pero en una época en que tanto se dice que las investigaciones químicas conducen al atomismo y al materialismo, no es posible pasar en silencio la pretensión de los que aseguran que, según estas investigaciones, caminamos hacia una concepción empírica en que toda materia se reducirá á un elemento primitivo, del cual serán los demás meras formas ó modificaciones. Por ejemplo: según ciertos materialistas, el hidrógeno es el único y verdadero cuerpo simple, la unidad substancial del mundo desde el punto de vista empírico. Este hidrógeno primario *(pre-hidrógeno)*, según se le llama, y del que se hacen derivar todos los demás cuerpos, no es más real químicamente que el fantástico *urschleim* de los antiguos vitalistas. Actualmente no se admite relación alguna entre el nombre material ó químico y lo que constituye el fondo de lo que expresa, entre las propiedades exteriores y las internas del elemento primordial. Hay en cada átomo de hidrógeno un compuesto complejísimo de todas las energías de lo posible, y es el mundo mismo en gravitación. La concepción de átomos indivisibles tiene algo de pueril; lo que es absolutamente indivisible es también absolutamente inalizable; no podemos conocer por la experiencia más que las cosas que son susceptibles de descomposición. Los átomos no acusan forma, y mucho menos forma determinada, desde que se les considera como la última expresión de la materia; ni cabe proclamarlos inextensos en cuanto se ve en ellos substancias simples. Esta contradicción es tan significativa para los que «con su atomismo ateo destruyen todas las leyes de la mecánica», que muchos de ellos (por ejemplo, Thomson, Helmholtz), creen deber hablar de anillos-turbillones, de compuestos de ahumado, de ahumados de clorhidrato de amoniaco, etc., sin poder mostrar la más pequeña

prueba experimental de sus imperdonables fantasías. Mientras el átomo químico es sólo un fenómeno de relación, todas las demás propiedades que se le asignan (como la de penetrarse y dilatarse sin llegar á disolverse) son abstracciones que acostumbramos á representar como cosas reales. En el universal dinamismo se da sobre un átomo concreto convergencia de energías ilimitadas cuya transcendencia de acción es tan vasta como la de una nebulosa. Para hacer salir del hidrógeno la variedad material del orden actual de cosas, sería preciso escindir sus átomos en su pretendida entidad, como para encontrar la de nuestro sistema solar sería preciso cortarlo con un cuchillo de las dimensiones necesarias. Los químicos que quisieren hacer aquel ensayo, imitarían al astrónomo que para explicar el origen del mundo partiese de la existencia del sol y de los planetas.

Innegables como son los servicios prestados á la química por la teoría atómica, no cabe sin parcialidad ver en ella la única y última explicación de los fenómenos de composición y transformación de las moléculas, que pueden y deben referirse á principios dinámicos. Elementos químicos de la misma naturaleza pueden formar combinaciones de propiedades esencialmente diferentes y aun radicalmente opuestas; esas combinaciones constan, pues, de principios que no obedecen á leyes puramente estructurales, ni aun siquiera á la supuesta ley de la afinidad material: ¿cuál es la fuerza que los une? El equilibrio estático no es suficiente ni decisivo para dar razón de los fenómenos de supuesta simpatía de los cuerpos químicos. Hoy está reconocida la falsedad de tales ideas, y aunque no se ha determinado la ley dinámica general que rige las combinaciones químicas, se sospecha fundadamente que las constituciones, disoluciones y asociaciones á que están sometidos los elementos materiales, tienden siempre al equilibrio dinámico (1). Con esto podemos ver ahora cuál es el grano de verdad de las teorías unitarias que actualmente tienden á reducir la física y la química á la mecánica.

No contenta la ciencia moderna con haber patentizado la identidad de la gravedad terrestre y de la gravitación universal, quiere ahora explicar las relaciones atómicas y la actividad misteriosa de las menores partículas en que pueden considerarse divididos los cuerpos por un principio análogo al que rige y determina los movimientos y la rotación de los astros. Tal es el fundamento de la llamada *química dinámica*, que viene á completar la química puramente estructural de los antiguos atomistas. Por más que las tentativas hechas en ese sentido no puede decirse que hayan dado hasta la fecha una solución satisfactoria del problema, han contribuído no poco á ponerle en

(1) He aquí las palabras con que puso término el gran atomista alemán Würtz, á cierta conferencia suya acerca de la bencina y de sus derivados, después de dibujar el exágono típico con sus átomos correspondientes de hidrógeno en cada vértice: "No creáis, señores, que estos átomos están inmóviles en la molécula, como lo están aquí en el dibujo; estos átomos se mueven, se hallan impulsados por movimientos muy rápidos; *giran unos alrededor de otros, como los planetas alrededor del sol.*"

vías de ser resuelto. ¡Cuánta luz no han arrojado, en efecto, sobre este debatido asunto las teorías modernas relativas á la disociación, á la termo-química, al isomorfismo, á la crisocopia, á la densidad de los gases y á la explicación de su solubilidad por las diferencias características de sus choques moleculares! Se ha llegado hasta á contar el número de las vibraciones en los flúidos que parecen escapar á todo equilibrio sensible y apreciable. Maxwell determinó con escrupulosa exactitud y precisión el peso molecular y las relaciones internas de ciertos vapores, cuyos movimientos presentan gran libertad. Graham, bien conocido por sus experiencias sobre la difusión de las sales cuando se las sumerge en los líquidos, ha evidenciado que una combinación tan fija como el alumbre puede llegar á descomponerse empleando una buena cantidad de agua que disuelva su sulfato de potasa. Por este medio consiguió Graham determinar los movimientos de líquidos de densidades muy diferentes. Sumamente interesantes son también los experimentos de Spring sobre la transmutación molecular de los sólidos. Spring ha conseguido, mezclando el nitrato de potasa en polvo y desidratándolo con el acetato de sosa, obtener, sin más que la presión mecánica de unas moléculas sobre otras, nitrato de sosa y acetato de potasa.

Según la manera con que se aceptaban antes las ideas de atomicidad, se comprende la oposición de los químicos á la explicación dinámica de los fenómenos de estructura. Hoy, empero, la ciencia tiende á relacionarlos *todos* con las leyes del movimiento, y aun aquellas conquistas hechas en el terreno de la química estática no reciben completa adhesión en los partidarios de la mecánica química y termo-química. Así la ley de Raolt, según la que el descenso del grado de solidificación de una disolución es proporcional al peso total de la materia disuelta en un peso constante de disolvente, encuentra actualmente un contradictor decidido en Pickering, quien la refiere á leyes físicas más generales. El antiguo dogma, inquebrantable en la apariencia, de la proporcionalidad ó equivalencia de las combinaciones químicas con los cuerpos simples, aunque imposible por ahora de ser desmentido por experimentos, es la última explicación en que pudiéramos pensar relativamente á la composición de las llamadas substancias materiales, pues si no hemos podido aislar los elementos de un cuerpo complejo, ni soñado en llegar á hacer algo parecido con los simples, la posibilidad de verificarlo algún día con grandes presiones y elevadas temperaturas, quita toda dificultad teórica á semejante suposición. La química matemática ha destruído también las ideas exclusivistas sobre la afinidad, estableciendo y comprobando las leyes de la periodicidad, de la refracción, del calor específico y de la conductibilidad eléctrica. Los fenómenos de la electrolisis reciben de la termo-dinámica un esclarecimiento que la teoría atómica no dió nunca. Lodge reconoce expresamente que lo que los físicos llaman unidad natural de electricidad, es la expresión mínina para átomos del mismo valor. Descomponiendo un gramo de agua producimos $I, 5 \times 10^{19}$ unidades electrostáticas positivas; cada molécula contiene dos átomos de oxígeno, y cada gramo 10^{25} moléculas; vea-

mos, pues, cuál es el resultado de la carga sobre el hidrógeno. Como el valor numérico de los monovalentes es, por hipótesis, mínimo, la cantidad de electricidad menor que se puede descomponer está en relación necesaria con la unidad electrostática gastada para cargar los dos átomos de hidrógeno. Llamando A á la unidad electrostástica y B á cada átomo de hidrógeno, se tiene: $A = I, 5 \times 10^{-12}$; $B = 10^{-12}$. Esto se puede formular también atendiendo al potencial eléctrico correspondiente á cada uno de los átomos de hidrógeno y diciendo: $10^{-2} = \frac{10^{-12}}{10^{-10}}$. Otros sabios consignan por igual procedimiento el valor de las fuerzas atractivas de dos átomos de hidrógeno y cloro, por ejemplo (teniendo en cuenta su relación de unidad electrostática). Resulta, de un cálculo hecho por Kohlrausch, que el potencial de un átomo electrizado y considerado con respecto á uno ó varios *volts*, es para el hidrógeno de 1,08, para el potasio 0,205, para el sodio 0,126, para el litio 0,094, para la plata 0,166, para el cloro 0,213 y para el yodo 0,216. En vista de esto, hay razón para afirmar que si existen verdaderas puertecillas indivisibles en los cuerpos, éstas no serán átomos materiales, átomos químicos, por decirlo así, sino átomos físicos, átomos eléctricos, como se expresa Croockes.

Desde que Pictet demostró que no había gases permanentes, ¡qué de simplificaciones, qué de descomposiciones no ha logrado hacer la química en cuerpos tenidos por rebeldes á todo análisis! Para no hablar más que de trabajos recientes, aduzcamos el descubrimiento de los *metaelementos*, realizado gracias á la espectroscopia. Kruss ha encontrado nueve elementos distintos en el dídimio, y Croockes, operando sobre el itrío por precipitación fraccionada en el amoniaco, ha hallado que este cuerpo, en apariencia simple, está compuesto de ocho elementos variados. No hay, pues, compuesto indescomponible: no hay verdadera simplicidad sino en la dinamicidad. Los éteres, los ácidos, los alcoholes, los hidrocarburos oxigenados que hasta aquí sólo podían expresarse en fórmulas atomísticas, han sido presentados poco ha por el sabio Iloff en serie de proporción dinámica y perfectamente graduada, bien que no completa, pues á ello se oponen lo exíguo de las observaciones hechas y los vacíos que por necesidad quedan en la progresión continuada de los valores dinámicos de los elementos combinados. La química moderna tiende, pues, á sustituir las antiguas explicaciones estructurales y de equilibrio estático del cambio de estado de los cuerpos, por explicaciones más amplias y de equilibrio dinámico. Sin embargo, siempre resultará que estas explicaciones no deben venir á destruir, sino á completar las anteriores, y que el estudio de las variaciones de las moléculas y de los átomos ha de seguir un orden inverso al que tomó la investigación dinámica y mecánica de la física y de la astronomía, pues, como observa Mendelejeff, el químico necesita partir de la conservación de la fuerza viva para deducir que las fuerzas vivas de la materia en movimiento no pueden, como la materia misma, ser creadas ni anonadadas. Si recientemente se oyen fallos como el que la fuerza viva es esquema de conceptos escolásticos, nueva abstracción añadida á tantas otras, entelequia incomprobable de una manera positiva, en

suma, cosa subordinada y derivada de la realidad material, tales juicios deponen contra el que los emite, obligándole á determinar la existencia de la *materia*, de esa materia que adquiere por la experimentación propiedades que no tenía, y que á poco que se exceda el experimentador en sus transformaciones, del todo se desvanece, dejándole sólo en su laboratorio. ¡Oh, que entidad más rara es la materia y qué significativo es este bello vocablo helénico: *yle*, caos, confusión!

VI. — BASE MINERALÓGICA DE LA CONCEPCIÓN HILOZOISTA.

Como ha observado con acierto Linares y ha repetido Calderón, el nombre de seres inorgánicos es enteramente inexacto: más propio sería decir seres *anorgánicos*, pues la mayor parte de estos cuerpos tienen órganos, aunque ocultos ó poco manifiestos. Muy recientemente el bacteriólogo Schrön ha confirmado esta rectificación en sus experiencias sobre los cristales. Empezó su tarea estudiando la acción de los procedimientos micrográficos sobre imágenes de 400.000 diámetros de aumento, hasta conseguir formular características y clasificaciones de nuevas formas de la función generadora en las bacterias. Estos resultados le han sugerido la idea de observar los efectos del bacilo-vírgula del cólera, que en su desarrollo se desprende de una cadena de bacterias, tomando una conformación utricular. Otro caso interesante es el de la espora que, una vez salida de su generador, comienza por un desenvolvimiento inmanente á cuajarse de bacilos isodiamétricos, y se transforma en una cápsula que, en un instante determinado, y merced á la presión del contenido que acumula, estalla como una granada lanzando á corta distancia los nuevos microbios. Examinando en sus consecuencias esta etapa de actividad vital potentísima, nótase la mayor variedad y las mayores singularidades en los productos de secreción. Schrön opina que estos productos pueden reducirse á cuatro géneros: (*a*) seroso limpio; (*b*) gaseoso que sale al exterior en forma de burbujas; (*c*) albuminoideo con granulaciones que no polarizan la luz ni cristalizan; (*d*) albuminoideo amorfo que polariza y luego cristaliza en formas constantes, según las bacterias de que se deriva. Aquí no hay más que una vida, un solo fenómeno de esta vida, aunque ella contenga varios fenómenos, que á los mismos cristales se refieren, y que llamaron la atención de Schrön. Ahora bien; el primero es una diferenciación caracterizada por la aparición de elementos rotundeantes (*petroblastos*) con dos aspectos de color, blanco y negro, que han sido distinguidos con los nombres de *protoliplasma* y *deuterolitoplasma*. El movimiento en estos cristales es en forma de ondas vibrantes interiores (*endocristalinas*), en torno (*epicristalinas*) y en la superficie (*pericristalinas*), y es tan activo que desarrolla bastante calor para ablandar la gelatina del cultivo.

Fuera de esto, es una verdad conocida desde antiguo que la cristalización no está sujeta á reglas puramente mecánicas, incompatibles con la idea de organización y de vida. Los cuerpos llamados *isómeros* varían sus condi-

ciones características y sus propiedades sin variar de composición. El azufre, por ejemplo, disuelto en el sulfuro de carbono, cristaliza de una manera á la temperatura ordinaria y de otra á la temperatura de cien grados, volviendo sus cristales, al enfriarse, á tomar la forma primitiva. «Los fenómenos de polarización de la luz y del calor — dice Valentín — las relaciones magnéticas y diamagnéticas, prueban que las masas más homogéneas en apariencia, presentan interiormente diferencias esenciales en el agrupamiento de los átomos. La naturaleza trabaja en todo con infinitas fuerzas infinitamente pequeñas.»

En fechas recientes invócanse con exageración los nombres de experimentadores distinguidos que creen haber establecido una barrera entre los productos naturales y los productos artificiales de síntesis química. Ante todo podría ser Pasteur el primero que ha reivindicado en elevados centros del mundo científico las prerogativas de semejante barrera. Expongo y critico los argumentos presentados por ese hombre eminente muy complacido, porque me servirán de ayuda para patentizar aún más palmaria y abiertamente cuanto llevo probado sobre las analogías entre la materia bruta y la materia viviente. Oigamos, pues:

«Todos los productos esenciales de la vida (albúmina, fibrina, féculas, celulosa) y la mayor parte de los productos orgánicos naturales, son *disimétricos*, de una disimetría á la vez externa é interna (molecular), con arreglo al plan de polarización, mientras que los productos artificiales no serán disimétricos nunca» (1). Aquí se presenta la singularidad de que los productos orgánicos naturales carecen en muchos casos de «poder rotatorio». Así, la creatina, la uria y el ácido úrico, con todos los residuos de disminución de la combustión vital, son tan disimétricos, son tan desiguales en su forma como los productos artificiales. Por otra parte, después de los progresos de la biología y de la química biológica, la disimetría de transformación y la de formación se han relacionado de tal manera, que un compuesto producido por la primera presenta los mismos caracteres que los producidos por la segunda. El ácido sucínico, por ejemplo, no es disimétrico y carece de rotación en sus moléculas; y sin embargo, los químicos Dupa y Perkin, al convertirle en ácido partártrico, han obtenido dos ácidos disimétricos: el ácido tártrico dr. y el izq. Y las preparaciones del propio ácido sucínico, por medio de ciertos cianuros, sólo por vía sintética se han conseguido y sólo en este concepto han dominado y se han realizado en cuerpos activos.

No hay que aplicar á la vida organizada las leyes de la disimetría normal. El mismo Pasteur reconoce que no existe signo alguno para distinguir al mecanismo del organismo disimétrico. «El universo, dice, es una vasta disimetría. La contemplación de un cristal haría considerar el conjunto de cuerpos que componen el sistema solar moviéndose con movimientos propios, conjunto que tendría en el cristal una imagen no inferior á la realidad,

(1) Sabatier: *Essai sur la vie et la mort*, pág. 13 (París, 1892).

en el caso contrario. El mismo movimiento de la luz del sol es disimétrico. Jamás un rayo luminoso hiere en línea recta la hoja en que la vida vegetal crea la materia orgánica. El magnetismo terrestre, la oposición que en el imán existe entre los polos borcal y austral, la que nos ofrecen las dos electricidades, positiva y negativa, no son más que resultados de acciones y movimientos disimétricos.» ¿Qué hemos de contestar á tales aserciones? Hay que mirar el asunto, en mí sentir, por diversos lados.

Edmundo González-Blanco.

(Se continuará.)

DÍA 8 DE MAYO

Aunque sin la solemnidad de otros años, ha sido conmemorado por los teosofistas españoles el día 8 del pasado mes de Mayo el duodécimo aniversario de la muerte del inolvidable Maestro H. P. Blavatsky.

Doblemente lleno de recuerdos fué este año el **Día del Loto Blanco** para los teosofistas madrileños por encontrarse más solos con la ausencia del querido compañero Sr. Melián, alma y vida del movimiento teosófico en Madrid. Tal ausencia, y la del Sr. Díaz-Pérez, enfermo desde ha mucho tiempo, contribuyeron en parte á que el acto del día 8 no revistiera sino un aspecto familiar.

En espera, sin embargo, de días mejores, los teosofistas españoles, como los del mundo entero, no han dejado de rendir el homenaje debido á la memoria del perdido Maestro.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.